

# OS SIGO AMANDO



Carmelitas Descalzas del Espiritu Santo  
Elx

Portada:

*La mano del Señor se manifiesta a sus siervos.* (Is 66,14c)

Contraportada:

*“Y desean los de Monforte que yo viva hasta los cien años.  
¡Casi nada, el susto que me dio!”* (Dicho de M. M.<sup>a</sup> Isabel)

Edita: Carmelitas Descalzas del Espíritu Santo - Elx

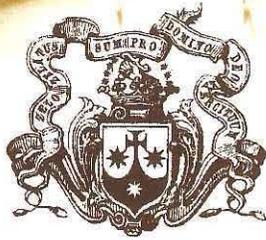
Imprime: Imprenta de Luis Palacios - Sueca

# OS SIGO AMANDO

MADRE MARÍA ISABEL  
DEL AMOR MISERICORDIOSO,  
CARMELITA DESCALZA

FUNDADORA DEL MONASTERIO  
DEL ESPÍRITU SANTO

ELX, 1998



*A lo que ahora  
me acuerdo, nunca  
dejé fundación por  
miedo del trabajo,  
aunque de los caminos,  
en especial largos,  
sentía gran contradicción.*

(Fundaciones, 18, 4)





## Pórtico

Tarea ardua la de espigar en la vida de nuestra amadísima Madre María Isabel del Amor Misericordioso, para ofrecer una semblanza fiel enmarcada en la estrecha cuadrícula de un simple esbozo biográfico; dadas su rica personalidad humana, sus relevantes virtudes cristianas, la hondura de su dimensión contemplativa y su penetrante fragancia de santidad.

Cuanto la conocimos nos hemos sentido impulsados irresistiblemente a amarla: los de dentro y los de fuera del claustro; las gentes de dentro y de fuera de nuestra Diócesis.

Por eso pudimos, en verdad, describir así la belleza de su paso al “Centro del Amor”:

*Con su lámpara encendida se nos  
fue a la Casa del Padre, dejando tras sí  
un precioso reguero de luz, de amor, de  
SANTIDAD  
sencillez, paz y alegría.*

*Bendita del Señor  
por siempre.*

**I**  
**Infancia y juventud**



## La familia, ese don de Dios



### Nace una vida en el gozo de la luz: M.<sup>a</sup> Isabel

Nace esta niña en un hogar privilegiado.

Fueron sus padres el Excmo. Sr. Don Adolfo Zapata de Calatayud y Estaña, Barón de Agres y de Sella, y la Excma. Sra. Baronesa Doña Isabel Benavent Ascó. Ambos habían formado un hogar de fe viva y exquisita coherencia cristiana. Tanto, que, las dos Baronías men-



*"D. Adolfo y D.<sup>a</sup> Isabel eran aún más señores por su piedad y virtudes cristianas  
que por la nobleza de su sangre"*

cionadas, no les eran obstáculo para que su mayor blasón fuese “ser hijos de Dios y hermanos de todos los hombres”.

Doña Isabel era muy jovencita al contraer matrimonio, pero supo secundar en todo, con gran amor, dulzura y sencillez a su esposo, a pesar de que éste era 16 años mayor que ella. Tuvieron 9 hijos: María Josefa, Adolfo, María Inés, María Milagro, María del Castillo, Juan, María Isabel, Herminio y Rafael. De éstos, la 3.<sup>a</sup>, la 5.<sup>a</sup> y el 9.<sup>o</sup> murieron pequeñitos.

D. Adolfo tenía mucha prisa por bautizar a cada hijo que el Señor les concedía, para que pronto fuesen “hijos de Dios”: el mayor timbre de gloria.

Nuestra Madre María Isabel fue la séptima. Nació en su casa solariega, en Gandía (Valencia), a las 8 de la mañana del día 28 de diciembre de 1907. A las 6 de la tarde del mismo día recibió el sacramento del Bautismo en la pila bautismal de San Francisco de Borja. Toda aquella noble casa se revistió de gozo por el bautismo de Isabelita, y su cristianísimo y ejemplar padre expresaba en alta voz su gran contento “porque ya tenía Dios un corazón más que le amara y le alabara sobre la tierra”. ¡Y a fe que se cumpliría su deseo!, como luego veremos.

Con su palabra y con su ejemplo, D. Adolfo y D.<sup>a</sup> Isabel enseñaban a sus hijos a amar a Dios y al prójimo, desde sus primeros años. En aquella familia todos eran muy sencillos y afables, siempre asequibles a todas las personas relacionadas con ellos, fuesen de la condición social que fuesen. Y es que eran aún más señores por su piedad y virtudes cristianas que por la nobleza de su sangre.

En aquel hogar la servidumbre era tratada con caridad, sencillez, respeto y cariño; se sentían amados como si fuesen miembros de la familia. Todos los días se reunían para rezar el santo rosario, y era el propio D. Adolfo quien lo dirigía y pasaba las cuentas. Cuantos entraban en contacto con aquella familia, tan auténticamente evangélica, se sentían amados. Cuando el Concilio Vaticano II nos habla en sus documentos *Lumen Gentium*, *Gaudium et Spes* y *Gravissimum Educationis* de la “iglesia doméstica” y sus cualidades y virtudes, parece tener ante sus ojos un hogar como éste.

*“...los esposos cristianos, confiando en la divina Providencia y cultivando el espíritu de sacrificio, glorifican al Creador y caminan hacia la perfección en Cristo cuando cumplen con su deber de procrear con responsabilidad generosa, humana y cristiana” (Gaudium et spes, 50)*

Dado el entorno de virtudes domésticas tan profundamente enraizadas en el Evangelio, es lógico que Isabelita, precisamente por ser una niña perfectamente normal, aprendiese pronto a amar a Dios y a cuantos la rodeaban. Era muy despierta. Por carácter era extrovertida, alegre, cariñosa, simpática, abierta y comunicativa. Todo esto, bien encauzado, hacía de ella una niña encantadora e inclinada a todo bien. Físicamente, muy linda. De cabello rubio y rizado, y unos grandes ojos azules que a todos acariciaban.

### **¡Húngaros a la vista!**

Estando en su residencia de Ibi (Alicante), cuando la pequeña Isabelita aún no tenía tres años, se perdió. La mamá buscó por toda la casa, preguntó a la servidumbre, pero nadie había visto a la niña desde hacía largo rato. Registraron el jardín, buscaron por los alrededores de la casa, y la niña no aparecía. Hasta se temía se la hubiesen robado —¡tan linda!— unos húngaros que habían acampado en las afueras. La guardia civil y todo el servicio de la casa salió en su búsqueda, sin hallar el menor rastro de la niña. La situación era angustiada. Por enésima vez abrieron un armario ropero, y, ¡oh sorpresa!, por debajo de la ropa de la niña, asomaba un piececito. ¿Qué había pasado? Pues que la costurera le había probado a Isabelita un precioso vestidito rosa, que a la niña le encantó. Se vio muy bonita con él. Y hasta derramó lágrimas porque se lo habían quitado y lo habían colgado en el ropero. Luego, en un momento oportuno, la niña había conseguido abrir la puerta no bien cerrada, y, abrazándose al vestidito, lo descolgó, y se quedó dormidita oculta entre sus pliegues, y ajena al drama que ella misma había provocado.

La reacción de mamá Isabel, al encontrar a su pequeña, fue colmarla de besos y abrazos y, después de dar gracias a Dios, la ofreció a nuestra Madre Santísima ante un cuadro de la Virgen del Carmen. “Para ti, Madre mía”, dijo con toda su alma, levantando a su hija entre sus brazos. Y a fe que nuestra Madre Santísima aceptó el ofrecimiento.

Al referirnos esta anécdota de su vida, nuestra Madre María Isabel añadía con gracia que, “el vestidito rosa había despertado en ella su primer sentimiento de vanidad”.

### **¡Ya no me gusta el cielo!**

El mencionado cuadro de nuestra Señora del Monte Carmelo era de una especial veneración para aquella familia. Estaba colocado en un salón próximo al dormitorio donde, quizás un año más tarde, D.<sup>a</sup> Isabel pasaría su última enfermedad. La familia iba todos los veranos a Ibi, a una hermosa finca que tenían en el campo.

Estando allí, en el verano de 1911, enfermó la mamá. Mejoró de las fiebres y parecía se estaba recuperando, cuando le sobrevino una pulmonía que agravó su estado. Al sentirse tan mal en edad tan temprana, 35 años, aprovechó una corta ausencia de quienes la cuidaban, para levantarse del lecho. Y como estaba, en camisión, la encuentran ante la Virgen del Carmen, como poniéndola a Ella por intercesora, y diciendo: “Señor, yo quiero todo lo que quieras, pero... es por mis hijos, son muy pequeños...”. Más tarde, dándose cuenta de que el Señor la llamaba para sí, D.<sup>a</sup> Isabel aceptó generosamente la voluntad de Dios y encomendó a la Sagrada Familia el cuidado de sus seis hijitos. (Rafael murió tres días antes que su madre; contaba 11 meses). Y antes de cumplir Isabelita los 4 años, el día 9 de diciembre, le fue arrebatada su mamá. Desde este momento nuestra niña queda marcada por el sufrimiento y por la cruz de Jesús, que, en una u otra forma, la acompañarán a lo largo de toda su vida.

Este doloroso acontecimiento llevó a D. Adolfo a renunciar al proyecto de trasladarse a Madrid con toda su familia, y se quedaron en Ibi.

No obstante su corta edad, la niña se dio perfecta cuenta de todo, y de lo que perdía. El paso de los años no impediría que perdurara en sus labios el “frío” del beso, que le dio en la frente a su mamá, después de muerta. La “nostalgia de mamá” se hizo angustia en el corazón de Isabelita. Ella no necesitaba ni juguetes, ni juegos ni nada: sólo quería la presencia de su mamá. Y no le era lenitivo alguno el que se le repitiera una y otra vez: “Mamá se ha ido al cielo, está feliz junto a Dios”, etc., etc. No. Isabelita se había formado ahora una nueva idea muy subjetiva y dolorosa del cielo: para ella el cielo es “un lugar de donde nunca se vuelve”. ¡Qué tristeza y soledad! ¡Y qué frío el beso de despedida de los que se van al cielo! A Isabelita ¡ya no le gustaba el cielo!

Un día que estaba la niña detrás de la verja del jardín de su casa, mirando a la calle, se detuvieron ante ella dos niños desarrapados y desmembrados. Uno le dijo al otro: “¿Tú la ves?, no tiene mamá; nosotros somos más que ella, porque no tiene mamá”. Isabelita sintió que el corazón se le desgarraba al filo de la ausencia y de la soledad. Se sintió pobre y desvalida como nadie. Lloraba y lloraba con indecible desconsuelo.

D. Adolfo trataba de restañar las heridas del corazóncito de esta hija tan sensible a la “ausencia” del amor materno, y así le repetía: “La Virgen es Madre de todos, porque es Madre de Jesús y madre nuestra. Pero como tú



*“El amor maternal de María envolvió a M. M.<sup>a</sup> Isabel desde su más tierna infancia”.*

no tienes mamá, Ella es doblemente mamá tuya, porque Ella ha de ocupar su lugar y el lugar de mamá Isabel, que está en el cielo”.

Esto la convenció, y, como en otro tiempo hiciera nuestra Santa Madre Teresa, esta niñita se confió totalmente al amor maternal de Nuestra Señora, ante una imagen de la Inmaculada en la Iglesia parroquial de Ibi. Con encantadora ingenuidad, ternura y aplomo, dijo a la Virgen María: “¿Sabes? Soy yo... que no tengo mamá, y Tú has de ser dos veces mamá mía; me lo ha dicho mi papá”. Y con este convencimiento Isabelita iba refiriendo a todo el mundo la gran noticia de que Nuestra Madre Santísima era doblemente madre suya. La niña tenía entonces unos cuatro años.

Como medio año después de enviudar, D. Adolfo contrajo segundas nupcias con D.<sup>a</sup> Amelia García Arias, también de estirpe noble y extremada distinción. El propósito de D. Adolfo era poner remedio a los problemas que se derivaban de sus seis hijos, huérfanos de madre. Con todo, sus esperanzas se vieron fallidas, a causa de que la sencillez, dulzura y afabilidad de D.<sup>a</sup> Isabel no pudieron nunca ser reemplazadas por “empaques” de elegancias y etiquetas sociales rígidas en demasía. Todo aquel “montaje” de modos y maneras de hacer, decir y comportarse le venía demasiado grande a esta familia cimentada en la sencillez del Evangelio. Sobre todo, Isabelita vivía experimentando “contrastes”, y cada día más, añoraba a su mamá Isabel.

Sería largo de analizar y describir los lacerantes sufrimientos del corazón de esta pequeña, que el Señor marcaba constantemente con la cruz, porque la había hecho su “Elegida”.

### Una promesa cumplida

Cuando todavía no había cumplido los seis años, Isabelita vuelve a intuir un nuevo desgarrón en su vida. Ella sabe que su papá está enfermo. (D. Adolfo está en cama víctima de una pulmonía). Sin saber el porqué, Isabelita está inquieta. Presiente que su amantísimo padre se le va también al cielo: “¡al cielo; aquel lugar de donde no se vuelve!” ... La niña no puede más. Lloro y protesta imperiosamente

*“También papá se me va al cielo: ¡al cielo; aquel lugar de donde no se vuelve!”.*



porque su niñera intenta peinarla y llevársela de casa, cosa que ella teme en gran manera.

Entonces llega otra sirvienta, y dice: “El papá te llama”.

La niña se dirige a la habitación de su padre, y, llena de pesadumbre, dice casi balbuceando:

—Papá, ¿cómo estás?

—Mira, Isabelita, papá está muy mal, el papá se va a morir y está muy triste por ti, porque he oído que le hablabas mal a María. ¿Pero tú, quién te figuras que eres? Sepas que Jesús quiere a María mucho más que a ti, y por eso ha querido que María haya sido pobrecita como Jesús fue pobrecito. Por eso tú tienes que quererla mucho y tratarla con gran respeto, pues es muy superior a ti. Los pobres son los amados y preferidos de Jesús. ¿Me prometes que amarás siempre a los pobres y los tratarás con cariño y respeto?

—Sí, papá, te lo prometo.

—Así ya muero tranquilo. Y ahora, vete, que mamá Amelia va a venir y, si te ve aquí, se disgustará.

Esta lección última de su padre jamás se le olvidó a nuestra Madre María Isabel, que cumplió su promesa con toda fidelidad: han sido siempre los pobres, la gente sencilla y humilde los predilectos de su corazón.

Y esa misma tarde llevaron a Isabelita a casa de Aurora Martínez, una muy virtuosa amiga de la familia. Para alivio de penas, Isabelita fue allí mordida por un perro. Al día siguiente, 11 de octubre de 1913, la misma Aurora llevó la niña a su casa. Estaba el papá de cuerpo presente. Acercó a la niña para besar el cadáver de su padre. Isabelita se arrodilló y, estremecida, le besó en la frente... El frío de la muerte la aterró, y echó a correr... Pasando, vio a su hermano Juan, y siempre le quedó el recuerdo de que éste, con la cabeza entre las manos, había llorado tanto, que entre las piernas sus lágrimas habían formado un charquito en el suelo. D. Adolfo fue enterrado el día de la Virgen del Pilar.

El matrimonio de D. Adolfo y D.<sup>a</sup> Amelia había durado 20 meses. No tuvieron hijos. D.<sup>a</sup> Amelia no tardó mucho en eludir la responsabilidad de aquella casa, y retornó al seno de su familia, dejando los seis niños confiados a su tutor, con un administrador y demás criados de la casa.

Nos resta decir que, desde un principio, la instrucción y formación cultural de los seis hermanos se desarrolló en la propia casa, de conformidad con las disposiciones de D. Adolfo. Varios preceptores llevaron a cabo esta labor docente. Los seis hermanos poseían clara inteligencia, y adquirieron un grado de cultura bastante elevado para su tiempo. Incluso dos o tres de ellos se destacaron en música y piano.

### **¡Enhorabuena, Jesús!**

Todavía cedemos a la tentación de transcribir aquí una candorosa y encantadora anécdota de la infancia de nuestra Madre María Isabel. Como veremos, encierra un trasfondo de honda significación. Nos refiere ella misma:

“Día hermoso el de mi primera comunión. Yo estaba muy bien preparada para este acontecimiento. Cada mañana repetía con exactitud y comprensión todo lo que se me había enseñado el día anterior. Comulgué por vez primera el día de la Santísima Trinidad del año 1915. Me vistieron toda de blanco. Me pusieron un tocado con

el rostro velado. (Bien se ve que iba para monja). Al ponernos en las filas para ir a comulgar, se me acercó mi tía Ana María (hermana queridísima de mi padre). Ella me descubrió el rostro, y me dijo: “Enhorabuena, hija mía”, y me besó en la frente. Como yo todavía no entendía el significado de esa palabra, “enhorabuena”, se me antojó que debía ser una cosa muy bonita y de mucha ternura... Y así, en acabando de comulgar, con mis manecitas cruzadas sobre el pechito, estuve largo rato repitiendo con mucho amor: “¡Enhorabuena, Jesús, enhorabuena, Jesús...!”.

Y sin lugar a dudas, Jesús debió sonreír muy complacido, ya que sólo Él podía comprender entonces hasta qué punto estaba y estaría siempre de “enhorabuena”, por la posesión de este entrañable tesoro que ha sido para Él nuestra venerada Madre.

Es importante destacar aquí, que Isabelita había recibido de su padre un amor inmenso a nuestra Señora la Virgen María, y de su madre, un amor desbordante al Niño Jesús. Desde Jesús y María, Nuestra Madre sabría optar siempre y en cada caso, por el AMOR, de cara a lo trascendente, a lo definitivo: convencimiento tácito de que, para “dar a la caza alcance”, se precisa “una muy determinada determinación”, un auténtico “despojo” personal.

También esta cualidad preciosa la había recibido de su cristianísimo padre. Isabelita quedó impactada para siempre al enterarse de que D. Adolfo había cursado con éxito la carrera de Leyes y había ejercido por algún tiempo su profesión. Pero renunció a su brillante porvenir, y se retiró de la abogacía por considerarla un terreno resbaladizo, en el que no siempre se hermanan la verdad, la honestidad y la justicia. Así, pues, pospuso sus intereses profesionales a los intereses de ser *íntegro hijo de Dios*: de sólo Dios.

## **Radicalidad totalizante**

Con el paso del tiempo, Isabelita llegó a ser una jovencita que se había granjeado el cariño de todos: es el encanto de la familia, la más amada, el centro y el vínculo de amor y de unión entre todos

los hermanos. Por su gran bondad y sencillez, Isabelita es la recordación viva de su mamá. Es una jovencita en la que comienzan a aflorar los grandes valores y virtudes que han ido modelando su personalidad bajo la impronta, a lo divino, de la pedagogía de su padre, D. Adolfo.

Era amante de amplios horizontes, de la vida del campo y de sus gentes. Al contacto de la Naturaleza, aquel corazón, que tan pronto había sido puesto en el crisol del sufrimiento, adquirió una gran madurez, y hacia los trece o catorce años, volvió a recuperar plenamente su alegría y su ilusión por la vida. Esta evolución humana y espiritual, a la par que la abría más a la acción de Dios en su alma, que la enamoraba más de la BELLEZA SUPREMA y de la BONDADE INFINITA, dilataba su capacidad de fraternidad universal y de una amistad verdadera y profunda. Su corazón se va abriendo también al amor, como una flor en primavera.

Así es como, llegada su hora, se encuentra con un joven “hecho a su medida”. Y ella, a la medida de él. Así pues, Isabel —como es muy normal—, se enamora de Juan Giner Castelló, y él de ella, claro. Juan e Isabelita tejen sueños e ilusiones de felicidad humana y hasta de santidad de vida.

Sí, Isabelita ama, y ¿por qué no?, ama con un amor ardiente y totalmente limpio. Pero ella se conoce bien: su corazón es *totalitario en afectividad*... Nos dirá ella misma:

“Tenía miedo a mi corazón. Era capaz de querer demasiado y darme toda a ese amor. Temí que, amando tanto a un hombre, robara algo de mi amor a Dios”.

“En un rato de gran lucidez, junto al Sagrario, me dije: ¡Fuera amores de hombre! ¡¡Sólo Dios!!”.

“Tuve que hacerme mucha fuerza. Pero terminé con Juan Giner Castelló”.

He aquí su radicalidad al Evangelio, mejor, a sus convicciones evangélicas, vividas con la entereza y el espíritu de D. Adolfo, su padre.

Por esta misma época, de creciente maduración espiritual y humana —hacia los 16-17 años—, surge la amistad con Irma Crippa, marsellesa. Decía de ella nuestra venerada Madre: “Éramos un alma en dos cuer-

pos, aunque tan diferentes. Irma era grave y alta; yo, risueña y pequeña. Nuestra amistad, que era purísima, ha perdurado de por vida”.

Al igual que San Agustín y Santa Mónica, sus conversaciones eran más del cielo que de la tierra. ¡Cómo amaban a Dios estas dos jovencitas! Irma ayudó eficazmente a Nuestra Madre para mantener, con entusiasmo, su decisión de entregarse a Dios con el corazón indiviso. Ella misma se consagró al Señor en el claustro como Salesa.

### **Influyeron en mi alma...**

Con relación a su vida espiritual, Nuestra Madre se expresaba así: Me formaron o influyeron en mi alma y en mis decisiones:

1. En primer lugar, mi papá, de quien aprendí la transparencia del Evangelio.
2. El Rvdo. P. Ignacio Corróns, que, como buen jesuíta, me impulsó a servir y glorificar a Dios con un temor reverencial.
3. D. Francisco Arnau Moles, virtuoso sacerdote secular, que más bien me llevó por el camino antiguo del temor, de la expiación y de la reparación... (Mi alma no se acababa de hallar bien bajo la presión del “temor”; yo habría entendido mejor con el espíritu de amor, que bullía dentro de mí desde la infancia).
4. El M. I. Sr. Dr. D. Bernardo Asensi Cubells. Este sí me comprendió bien, y me introdujo por el camino de la confianza y de la generosidad gozosa, a velas desplegadas. (Desde el año 1940 hasta su muerte, en 1962).
5. Pero sobre todos ellos, el P. Diego Hernández, tan santo, y que tanto me ayudó a realizar la empresa de la fundación de este Carmelo de Orito. (Desde el año 1970 hasta su santa muerte, 1976).



# II

## En el designio de Dios

## La deseada libertad del Carmelo

Cuando nuestra Madre María Isabel decidió consagrarse al Señor, leyó la biografía de la Fundadora de las Madres de la Asunción, y sintonizó con su espíritu; pero su confesor la vio más para Carmelita Descalza. Ella obedeció dócilmente. A los veinte años, cuando disfrutaba de juventud, de la noble estirpe de su familia, de bienes temporales y de los encantos y seducciones que el mundo suele ofrecer a esa edad; siendo como era el centro de toda su familia y amistades, renunció a todo, y el día 7 de junio de 1928, Solemnidad de Corpus Christi, se encerró en la deseada libertad del Carmelo, en el Monasterio del Corazón Eucarístico de Jesús, en Manises (Valencia), no queriendo a otro esposo que a Cristo, ni otros títulos que el de esposa de Cristo, ni otras riquezas que la pobreza de Cristo. Todas sus ansias las cifraba en sumergirse por completo en la simplicidad profunda del Evangelio de Jesús, que llevaba impreso en las entrañas de su alma desde la niñez.

Pero en el Carmelo de aquel entonces halló, junto a una Comunidad muy santa, un clima de espiritualidad “sui generis” en el que se entremezclaban a veces influencias extrañas y rigoristas, con austeridades duras al estilo de San Juan Clímaco, no bien interpretado. ¡Cuántas veces sintió nostalgia de la vida familiar y evangélica entre los suyos, vivida en la verdad y en el amor! Y hasta recordaba... a Juan Giner, que la seguía esperando.

Con todo, hizo fervorosamente su postulante, no exento de pruebas ásperas, lágrimas y sufrimientos. Mas todo logró superarlo con temple varonil, asida a Jesucristo sumamente amado.

Toma el hábito el 20-XII-1928. Se le impone un nombre muy significativo: María Teresa del Amor Misericordioso. Le cuadraba perfectamente. Por su fidelidad en la práctica de las virtudes pequeñas y ocultas, por su fina caridad, por su amable y perenne sonrisa fue una émula de la Santita de Lisieux. Y aquí es donde se irá forjando su gran personalidad espiritual, que Jesús dará a conocer cuando sea su hora.

Para sus hermanas de hábito era la novicia amable, sonriente,



*“La Hna. M.<sup>a</sup> Teresa del Amor Misericordioso, por su amable y perenne sonrisa fue una émula de la Santita de Lisieux”.*



*“Recordatorio de la Profesión religiosa de la entonces hermana M.<sup>a</sup> Teresa del Amor Misericordioso”.*

†  
J. M. J. T.  
**Recuerdo**  
de la  
Profesión Solemne  
de la Hermana  
**M.<sup>a</sup> Teresa del Amor Misericordioso**  
en el siglo  
**María Isabel Calatayud Benavent**  
celebrada en el Convento de Carmelitas Descalzas del Corezón  
Zucarístico de Jesús  
Recibió el velo negro de manos  
del M. J. Sr. Dr. D. **Julio Cabanes**  
y ocupó la sagrada cátedra el Re-  
verendo Sr. D. **José María Arnau**  
siendo padrinos D. **Juan Calatayud**  
**Benavent** y la Srta. **Milagro Calatayud**  
**Benavent**  
*He despreciado todas las pompas del siglo  
por el amor de mi Señor Jesucristo, a quien  
conoci, a quien amé, a quien me confié y con  
quien me uní*  
(Brev. Of. de Virgenes)  
**Mantses, 7 de Enero de 1939**  
**Lib. Badal,—Valencia**

servicial, cumplidora de su deber, mortificada, olvidada siempre de sí y recogida; quizás un poco tímida, ingenua y candorosa como una niña; pero fuerte y varonil como un soldado. Se presta también con generosidad a las fiestas domésticas.

Pasado el año de noviciado, hace su profesión simple el 7 de Enero de 1930, y la solemne el 7 de Enero de 1933.

### Comienza el éxodo

A raíz de las elecciones municipales del 12 de Abril de 1931 se proclamó en España la II República, el 14 de Abril. Los religiosos se vieron obligados a abandonar sus conventos temporalmente.

Vueltas a su palomarcito nuestras Carmelitas, el horizonte político siguió presagiando incertidumbre y desastres... hasta culminar en el estallido de la guerra civil de Liberación Nacional, el año 1936.

Las Carmelitas de Manises, como todos los religiosos y religiosas de la Zona Roja, son impelidos drásticamente a abandonar sus conventos. Como en la exclaustración anterior, varias familias católicas de aquel pueblo, Manises, se ofrecen para recibir a nuestras hermanas Descalzas. Nuestra Madre María Isabel, con otra de sus hermanas de Comunidad, se guarece por segunda vez en el hogar de D. Vicente Vilar David y D.<sup>a</sup> Isabel Rodes, matrimonio muy cristiano. (El Señor concederá a D. Vicente la gracia inestimable del martirio, sufrido en plena calle la noche del 14 de febrero de 1937, por el solo hecho de ser católico).

Poco tiempo permanecieron en Manises, de donde hubieron de huir para ponerse a salvo. Nuestra Madre María Isabel, como tantas otras personas consagradas a Dios, inicia así un nuevo éxodo jalonado de cruces, peligros y lacerantes sufrimientos; siempre expuesta a ser delatada como “monja”, con todo lo que esta identidad entonces comportaba... Tras repetidos riesgos y fracasos, resulta ser Valencia la ciudad menos insegura para ella. Allí tiene la suerte de conseguir un puesto de trabajo en el Hospital de “tracomatosos”, para cuidar de niños y niñas enfermos. Sabemos por D.<sup>a</sup> Amparo Sarthou Storrer,

esposa de Juan, el hermano de la M. M.<sup>a</sup> Isabel, que éste había cursado medicina en la Universidad de Valencia. “Éste fue el medio providencial para acceder M. M.<sup>a</sup> Isabel al puesto de trabajo y poder desempeñarlo con relevante competencia, en el marco de una exquisita caridad para con sus enfermitos”.

En este centro de tracomatosos, por fin, tiene aseguradas dos comidas diarias, más una ración de carne y comestibles (semanal o mensual) para llevar a casa. Esto era una gran cosa, dada la escasez de todo y la situación de hambre que padecía la mayor parte de la población civil.

En estas circunstancias, un gran sufrimiento: los hermanos de Nuestra Madre, Adolfo (Barón de Agres y de Sella) y Juan, y su cuñado Ciríaco Verdú (esposo de María Josefa) están encarcelados, por el único “delito” de ser buenos católicos. El resto de la familia anda desperdigado y perseguido. Vestida de seglar, es la monja quien se pone en la “cola” de las cárceles para llevar alimentos —de los que ella se priva— y ánimos a sus presos. En la cárcel —nos decía Nuestra Madre— “mi hermano Adolfo hizo una defensa heroica de la FE (por lo que fue brutalmente golpeado). Era él la mitad de mi corazón”.

En el Hospital de tracomatosos, Nuestra Madre se desvivió por servir a sus enfermos y prodigar amor a aquellos niños rodeados sólo de odios. Por su bondad y trato cariñoso, por su cumplimiento del deber se hizo querer y apreciar por los directores del centro y demás personal que lo atendía. Mas no faltaron espíritus envidiosos que acusaran a Nuestra Madre, ante el Director, de que era “monja”. El Director abrió tamaños ojos, y exclamó: “¡Que Isabelita es monja! Pues tráiganme muchas como ella, porque ella sola cumple más y trabaja mejor que todas vosotras juntas”. Las pobres delatoras quedaron corridas y avergonzadas. Desde entonces, se amparaban en Isabelita cuando pretendían algún favor del Director.

En plena guerra civil era difícil viajar. Los rodeos y trasbordos, amén de los registros e insolencias de los milicianos, daban una gran lentitud a cualquier trayecto, por corto que fuese. María Isa-



*"¡Que Isabelita es monja! Pues tráiganme muchas como ella, porque ella sola cumple más y trabaja mejor que todas vosotras juntas!"*

bel y su hermana María Milagro tuvieron precisión de viajar desde Valencia a Cocentaina, para entrevistarse con sus tías Ana María y Beatriz, hermanas de su padre. (Esta última con fama de santidad y comprobados fenómenos místicos, como veremos). Era el 8 de Agosto. Al pasar por un determinado pueblo, los milicianos, y más las milicianas, dieron el alto, y no dejaron pasar el vehículo en que viajaban. Era aún de día. Las obligaron a bajar y las llevaron detenidas a un local, donde las sometieron a un minucioso y denigrante registro. Las desvistieron por completo, y, en estas condiciones aterradoras, permanecieron detenidas. Después, ya vestidas, las sacaron entre los insultos y gritería de la chusma amotinada. Las obligaron a regresar a Valencia y las condujeron a una "checa". Pasaron, como bien podemos comprender, horas muy angustiosas, sin saber en qué iba a parar aquello. "Pero gritaron al Señor en su angustia y los arrancó de la tribulación". (Salmo 106). Inesperadamente, el Jefe de aquel fatídico lugar se interesó por ellas, e informado de todo lo ocurrido, les firmó y selló un salvoconducto para que nadie les impidiese desplazarse hasta Cocentaina, al tiempo que apostrofaba a los milicianos, diciendo: "¡Sois unos brutos! Con estos atropellos sólo conseguiréis una cosa: ¡que perdamos la guerra!"

Entonces las dejaron libres, y ellas, ilesas como por milagro, volvieron a emprender el viaje, sin más peripecias. Era de noche.

Entre tanto, en Cocentaina, Sor Beatriz había pasado casi cuatro horas postrada en oración. La veían sufrir angustiada. Toda bañada en sudor, repetía palabras que daban bien a entender que sus sobrinas corrían un gran peligro: lloraba y gemía e intercedía por ellas ante el Señor... Al fin, se fue serenando, y pudo decir a su hermana Ana María: "YA HA PASADO EL PELIGRO".

Ya era muy tarde cuando María Milagro y María Isabel llegaron a Cocentaina. El encuentro de tía Beatriz y tía Ana María con sus dos sobrinas queridísimas fue conmovedor en extremo. Y la acción de gracias a Dios y a Nuestra Señora ha perdurado en el corazón de nuestra Madre María Isabel de por vida:

*Den gracias al Señor por su misericordia,  
por las maravillas que hace con los hombres.  
Ofrézcanle sacrificios de alabanza,  
y cuenten con entusiasmo sus acciones. (Salmo 106)*

Bien podemos resumir este tiempo terrible de guerra civil, aplicando a Nuestra Madre las palabras de San Pablo: "Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien: a los que ha llamado a su designio". (Rom 8,28). Verdaderamente, el Señor tenía sobre ella un designio especial; por eso la libró en otras varias situaciones de mucho riesgo e inminente peligro. La libró prodigiosamente. En algún caso se ve patente la protección de Dios Padre, el amparo maternal de María y la defensa actualizada por parte de su Ángel de la Guarda.

Fue en otro de los viajes realizados por M. M.<sup>a</sup> Isabel durante la guerra; esta vez, acompañada de su hermana Pepita. Hubo que esperar varias horas un trasbordo de tren en la estación de Alcoy. El lugar aparecía solitario; el frío y la oscuridad de la noche (casi de madrugada) fueron los únicos testigos del peligro en que se iban a ver envueltas nuestra Madre y su querida hermana. Se les acercó un caballero, de buen porte y notoria afabilidad. Con gran solicitud

se ofreció para ayudarlas y protegerlas de posibles imprevistos y contratiempos... Incluso tuvo la gentil cortesía de desprenderse de su bufanda y ofrecerla a M. M.<sup>a</sup> Isabel, para que descansara la cabeza sobre ella, tan agotada se la veía. Ellas dieron fe al comportamiento de este hombre desconocido, aparentemente tan honesto y solícito de todo bien... Poco tardaron en comprobar una realidad muy distinta, y que las maneras de aquel supuesto caballero velaban una intención perversa que, a las claras, delataba sus bajos instintos. De las dos hermanas, era nuestra Madre quien fuertemente llamaba su atención, aunque fue Pepita quien, en primer lugar, se vio violentada. Ésta intentó alejarse más y más de él. Hubo un violento forcejeo entre ambos. A continuación, aquel hombre, fuera de sí, se dirigió hacia donde se encontraba M.<sup>a</sup> Isabel, que se había quedado dormida, de puro cansancio, sobre un banco de la sala de espera. Quiso abordarla, pero experimentó una fuerza sobrenatural que lo detenía en el intento de consumar su perversa acción. Atemorizado y paralizado, sin acertar a dar explicación natural alguna a este misterioso fenómeno, increpaba a Pepita: “¿Qué tiene su hermana... que no puedo acercarme a ella? ¡Hay una fuerza poderosa que me impide llegar a ella! ¡Pero, qué tiene su hermana!”...

A los gritos cercanos, M.<sup>a</sup> Isabel despertó sobresaltada. Afortunadamente, la proximidad del ferrocarril que entraba por la estación, puso en fuga al extraño viajero. No hubo mayores consecuencias.

Nuestra M. M.<sup>a</sup> Isabel siempre atribuyó a la solícita protección de su Ángel de la Guarda, tan querido y venerado por ella, el haber sido liberada de semejante peligro. Y es que la Misericordia preveniente del Padre Dios cuidaba como a las niñas de sus ojos a esta hija tan amada de su corazón.

### De vuelta al arca santa

Pues terminada la guerra, en 1939 volvieron nuestras Carmelitas a su amado “palomarcito” de Manises. Fueron aquellos primeros años muy trabajosos para adecentar el convento, que había sido cuartel.

Estaba hecho un desastre a fuerza de suciedad, de miseria y deterioro. Hubo que limpiar a fondo, aplicar insecticidas, rehacer celdas y demás piezas para reanudar con normalidad la observancia regular. A todo se prestó incansablemente nuestra venerada Madre, unida entrañablemente a su santa Comunidad. Con su perenne sonrisa en los labios, vivió los años de la postguerra, en los que tanto escasearon los víveres y demás cosas de primera necesidad. Amén de las noches enteras pasadas en vela, haciendo de centinela siempre que le tocó el turno, pues durante largo tiempo así lo dispuso la Rvda. M. Priora María Carmen de Jesús-Hostia, mejicana, que vivía sobresaltada por el temor de alguna agresión nocturna de los “maquis”.

Aunque hermana María Teresa no tenía cargo, los seglares la conocían en su oficio de tornera o de sacristana, y guardaron siempre muy buen recuerdo de aquella hermana Teresita, como la llamaban, tan amable y servicial, que siempre los acogía con interés y cariño.

Como anticipándose al Concilio Vaticano II, a nuestra hermana María Teresa se le hacía dificultoso aceptar en su fuero interno, como normal, la “diferenciación” —dentro de la vida consagrada y en una misma Comunidad— entre hermanas “coristas” y hermanas “de velo blanco” o legas. Pues estas últimas no siempre tenían esa vocación diferenciada, sino que su situación real obedecía, en no pocos casos, a que no habían tenido recursos para aportar “dote” al Convento. Y no faltaban hermanas “de velo blanco” que superasen en mucho las cualidades de algunas hermanas “coristas”. —¿Por qué se darán estas “cosas” entre las esposas de Cristo?—, se preguntaba ella. La respuesta se le volvía dolor secreto en su espíritu tan evangélico. Sobre todo, cuando en noches de crudo invierno, después de Maitines, veía a sus hermanas “de velo blanco” fregando el suelo de la cocina, de rodillas, ateridas de frío y con las manos hinchadas y enrojecidas por el agua tan fría...

Estos y otros “esquemas” los habría querido suavizar, curar con el bálsamo divino del Evangelio de Jesús. Pero entonces hermana María Teresa no podía hacer más que sufrir, orar y hablarle a su Padre

Dios. Se le hacía “llaga” el “amarás a tu prójimo como a ti mismo”. ¿Y el gran Mandamiento, “Amaos unos a otros como yo os he amado”?...

Ella, compadecida, habría querido ponerse en el lugar de alguna de aquellas leguitas, para aliviarla con el calorcito de su amor fraternal a lo Jesús.

### **Descalzas junto al mar**

Normalizada la vida conventual, el Señor suscitó muchas vocaciones para aquel querido Carmelo de Manises. Tantas, que en el espacio de pocos años salieron tres fundaciones: Puzol, Buñol y Altea. Pues no obstante ser una Comunidad tan numerosa, no pasó desapercibido el valor de las virtudes ocultas de hermana María Teresa y, en las elecciones conventuales de 1951 y de 1954, fue elegida segunda Clavaria.

El día 12 de Octubre de 1956, fecha sugerida por hermana María Teresa, partió de Manises con la querida Madre Subpriora, María Carmen de la Eucaristía, y cuatro hermanas más, para la Fundación del Carmelo del Sagrado Corazón de Jesús, en La Olla de Altea (Alicante), a la orilla del mar, lugar de impresionante belleza natural. En aquel nuevo Carmelo fue nombrada Maestra de novicias y segunda Clavaria en las elecciones de 1957 y de 1961. Como Maestra de novicias, fue una gran formadora, fuerte y suave a la vez, con un gran corazón de madre y de santa carmelita. Su amor apasionado por el Evangelio era la medida de elección para exigir sin remilgos la práctica de todas las virtudes fundamentales, especialmente la caridad: para ello hay que declarar una guerra sin cuartel al egoísmo y al amor propio. Una de nuestras hermanas nos ofrece este significativo testimonio: “Nuestra Madre María Isabel daba frutos de santidad porque supo echar su grano de trigo en el seno de la tierra, para que ésta lo pudriera e hiciera germinar. Nos predicaba y exhortaba a la muerte de nuestro “YO”, porque la muerte de nuestro yo —decía ella— es la resurrección de Jesucristo en nuestra alma.



*"Iglesia y convento del Sagrado Corazón, en la Olla de Altea (Alicante)".*



*M. M.<sup>a</sup> Isabel, sentada a la derecha,  
junto a su amadísima Priora,  
M. M.<sup>a</sup> Carmen de la Eucaristía  
y un grupito de hermanas  
de la primitiva Comunidad de Altea.*

Esto, que nos repetía con sus palabras, nos lo predicaba más con su vida: toda ella era resurrección de Jesucristo, porque había sido, y era, muerte de sí misma, por amor a El y, ¿por qué ocultarlo?, también por amor a su Comunidad”.

“Todas podemos dar testimonio de cómo nos animaba a dar paso a Jesús en nuestras vidas; no ya con palabras, sino con una actitud de vida. La frase de San Pablo, ‘No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí’, era luz clara y transparencia en esa alma que, hasta el atardecer de su vida, nos repetirá con su silencio humilde: Si el grano de trigo no muere, no puede dar fruto”.

“Nuestra amadísima Madre María Isabel dio muchos frutos de santidad porque el Espíritu Santo la invadía con su luz y con sus dones. Y ella supo ser grano de trigo fecundo, vaso vacío disponible y siempre para Dios”.

En el trato personal con las hermanas era admirable, extraordinaria. Tenía intuiciones asombrosas, rápidas, certeras y muy profundas; a veces “proféticas”. Cuando se encontraba con alguna a la que ella consideraba, a la luz del Espíritu Santo, como “elegida”, “buscada de Dios” y capaz de dar a Dios una respuesta de amor vital, comprometida y generosa, no dudaba en usar las más atrevidas y exigentes expresiones oracionales de su época, que, en forma analógica para el caso, enardecían el ánimo y fervor de la feliz destinataria. Valga un ejemplo especialmente revelador y expresivo: *“Señor, que los clavos santos de sus tres votos, la cosan a tu Cruz. Como a esposa de sangre hónrala con tu Corona. Atraviesa con la lanza su corazón, cosiéndolo al tuyo, y hazle apurar el cáliz hasta que encuentre en su fondo la preciosa margarita de tu más puro amor”. - “Con toda el alma se lo desea su Madre Maestra, i.c.d.”.*

## Un gran corazón de madre

En las elecciones del 9 de Abril de 1964, en Altea, fue elegida por primera vez Priora. Todo su ser se estremeció de asombro humilde y valoración entrañable de su amadísima Comunidad.

“... voy a comunicaros una cosa para que pidáis mucho, mucho por mí: me siento más pobre que nunca, y necesito de vuestras oraciones. Apiñaos a vuestra hermana, para que no sea ladrón de Dios. El 9 de éste, por la tarde tuvimos elecciones, siendo electa Priora la misma que os escribe: vuestra pobre hermana. De la santidad de la Comunidad sí que quisiera hablaros, si encontrara para ello palabras adecuadas. ¡Dios mío, qué almas!... ¡Verdaderos ángeles en carne humana! Y ¡qué humildes!... ¡querer dejar en mis manos el timón de sus barquillas!... Yo os digo que son tales... Un verdadero filón de oro para la Iglesia. Siento una gratitud muy grande hacia ellas, al ver que me han recibido todas con tanta alegría. ¡Cómo deseo prodigarme durante este trienio a favor de todas y cada una, ¡en todos sentidos!... Ayudadme, os repito, con vuestras oraciones. Yo sé que no os canso si desahogo un poco mi alma en vuestros corazones. Cuando en la elección, me di cuenta que era yo la elegida, sentí el mayor anonadamiento de mi vida. ¿Es posible? ¿Tú, Tú, Dios mío, quieres bajo mi sombra, manifestarte a estas tus almas tan tuyas y finas?... ¿No te acuerdas que te he traicionado muchas veces, y que en mí no hay más que debilidad? Un eco, allá dentro en lo más hondo, contestaba: Dios es Omnipotente..., saca su gloria del barro... Fiat, contesté, sin detenerme en mí ni medir el alcance de esta palabra.

Mi postura espiritual desde aquel momento, es la de un pobre que, consciente de su indigencia, tiende las manos a su Señor Bueno, con la seguridad de recibir la limosna necesaria. Cuando me arrodillé en medio del coro, mientras la Comunidad, dentro, y los Sacerdotes escrutadores, fuera, cantaban el *Tè Deum*, ¡qué confusión sentí! Pues... cuando me senté allí en medio, para que una a una, empezando por las mayores, me rindiesen obediencia, ¡qué grandes me parecieron ellas, y qué pequeña yo!...”

(Carta a sus hermanas Pepita y Milagro, del 15 de abril de 1964)

Ella, tan dulce y tierna desde niña, se desvivió por todas y cada una de sus hijas y sus familias. Se preocupaba hasta de los problemas materiales de nuestros familiares y de acogerlos con gran cariño cuando venían a visitarnos. En fin, que si como Maestra de novicias había sido una excelente formadora, como Priora se reve-

ló como una gran madre de sus hijas, solícita y entregada, con el único deseo de conducir las por el camino de la verdadera y total entrega a Dios, infundiéndoles la fidelidad al carisma carmelitano-teresiano desde las raíces del Evangelio.

Estamos en el año 1962. La Iglesia está viviendo un gran acontecimiento: el Concilio Vaticano II (11-X-62 a 8-XII-65). Como Priora y como fiel hija de la Iglesia, Nuestra Madre vibró con la celebración del Concilio y recibió con corazón abierto los documentos conciliares, al igual que las instrucciones emanadas del entonces nuestro Padre General, Rvdo. P. Fr. Anastasio del Santísimo Rosario, hoy Emmo. Sr. Cardenal Ballestreros, O.C.D. († 21-VI-98).

Nuestra Madre María Isabel nos reunía por las tardes en “Cenáculo” para leer, reflexionar y comentar acerca de los Decretos del Concilio, especialmente el *Perfectae Caritatis*.

En las elecciones de 1967 dejó de ser Priora; fue nuevamente segunda Clavaria y Maestra de novicias, continuando con suma fidelidad la tarea de “criar almas para que more el Señor” y el servicio de su Comunidad.

Entonces se insertó como una hermana más entre las que habían sido sus hijas, con la mayor naturalidad, dócil a cualquier indicación de su amadísima Prelada, Rvda. M. María Carmen de la Eucaristía. No pretendió destacar, en absoluto. Muy laboriosa y, como pobre en extremo, aprovechaba pequeños pedazos de madera para confeccionar, con la colaboración de otra hermana, también muy ingeniosa, armarios que se necesitaban para el servicio de la Comunidad; con pequeños retales hacía delantales, manguitos para las cocineras. También hacía sus turnos de cocina, además de participar en todos los menudos trabajos comunes: los quehaceres más humildes de la casa, recolección y monda de la almendra, recogida de aceitunas, etc. (¡Por fin, podía gozar de tener en su Comunidad una sola clase de monjas! —coristas—, pues, por acuerdo comunitario, en Altea no se aceptaban legas, aunque para ello hubieran de crear dotes del mismo fondo económico de la Comunidad).

Así, con esta naturalidad y sencillez tan propias del Carmelo, Nuestra Madre se va como eclipsando a sí misma tras el humilde

fulgor de sus propias virtudes. Siempre remando mar a dentro... en lo escondido de Dios y hacia lo escondido del plan de Dios sobre ella. Es un remar en silencio, sacrificio, abnegación y oración incesante.

### Espera en despojo y abandono

A este propósito, podemos aportar un testimonio de gran valor. Conservamos en nuestro Archivo conventual, como un gran tesoro, una estampa autógrafa de nuestra venerada Madre María Isabel. Es toda una sobrecogedora revelación de su temple auténtico de “pobre de Yavé”, y preanuncio profético de que el Señor su Dios le concederá algún día lo que incontinentemente ansía su corazón. Dice así: “Desde hoy Martes Santo, *por tu amor* y confiando en Ti, Señor, que *hablarás a su tiempo, quedo muda*”.

“Tu hija que desea renovación, es decir, abrirse *plenamente* a la luz de tu Evangelio”. Y termina con su firma: María Teresa del Amor Misericordioso, i.c.d. (Es el nombre religioso que se le impuso en Manises, y que todavía conservaba).

Notemos la clarividencia y transparencia de sus convicciones y anhelos. Para Nuestra Madre, la “renovación” consiste esencialmente en abrirse *plenamente* a la luz del Evangelio de Jesús. Sabe lo que quiere. Y sabe también que todos los otros bienes le vendrán con éste, que abarca todos los demás. Ama, confía y se abandona al querer de Dios.

La fecha es importante: se remonta al 9 de Abril de 1968. Es la época en que el oleaje de la “renovación conciliar” se riza a todos los vientos de interpretaciones y modos y decires...

La estampa en sí, es también muy significativa: en su anverso representa un nuevo Pentecostés eclesial presidido por María, Madre de la Iglesia. Y sobre Ella, el Espíritu Santo.

Hay que esperar. ¿Pero qué? Nuestra Madre espera, en sumo despojo de sí y abandono filial en Dios y en los días de su Providencia. Nada más.

Dicen que, cuando en la selva o en un lugar muy poblado de árboles nace uno pequeño, éste, no pudiendo crecer normalmente, impedido por los grandes que le rodean, emplea todas sus energías vitales en echar raíces más y más profundas, más y más fuertes. Hasta el día en que, por los años o por una tala, los impedimentos desaparecen. Entonces el pequeño árbol crece rápido y vigoroso en busca del añorado sol. Algo semejante ocurrió a Nuestra Madre, al descubrir el don de Dios que fue para ella el Concilio Vaticano II. En el Perfectae Caritatis halló cristalizado, plasmado, su deseo: la vuelta a la pureza del Evangelio. “Siendo la última norma de la vida religiosa el seguir a Cristo según el Evangelio, ésta ha de ser la regla suprema para todos los institutos” (P.C. 2 a). “Cuanto más fervientemente se unen a Cristo por su entrega personal durante toda la vida, tanto más se desarrolla la vida de la Iglesia y más vigorosamente se fecunda su apostolado”. (P.C. 1).

Con la reflexión de estos textos, el espíritu evangélico que nuestra Madre María Isabel había mamado desde sus primeros años, revivía en ella, haciendo vibrar su delicado corazón. A veces sentía como una nostalgia indefinida; presentía en sí algo muy hermoso; todavía no sabía lo que era... El Espíritu Santo obraba a su gusto en aquel alma fiel, aunque ella no lo advirtiese.

A raíz del Concilio, se nos dejó en libertad de recuperar el nombre recibido en el sacramento del Bautismo o seguir con el tomado en la vida religiosa. En Altea se optó por volver al “nombre de pila”, conservando el apellido religioso.

### La clave exacta de lo que ansía

Nuestra Madre volvió a ser elegida Priora de la Comunidad el 20 de Junio de 1970.

En esta nueva etapa, Nuestra Madre, fiel al Señor y a su Comunidad, asume generosamente el gobierno conventual. Su ideal es una constante: que su Comunidad sea un “cenáculo de amor y una Betania donde Jesús se recree”. Le encantan las palabras de Pablo VI

al inaugurar la cuarta sesión del Concilio: “El Concilio nos hace caer en la cuenta, con mayor claridad, que nuestra Iglesia es una sociedad fundada sobre la unidad de la fe y sobre la universalidad del amor”.

Pero es, sobre todo, el Decreto *Perfectae Caritatis*, largamente meditado y saboreado en el silencio de la oración, el que le va descubriendo la clave exacta de lo que ella ansía: “La adecuada renovación de la vida religiosa abarca a la vez la vuelta continua a las fuentes de toda vida cristiana y a la inspiración primigenia de los institutos, y una adaptación de los mismos a las condiciones cambiantes de los tiempos. Esta renovación ha de ser promovida bajo el impulso del Espíritu Santo y la dirección de la Iglesia”, etc. (P.C. 2).

Otro día, el alma de nuestra Madre María Isabel queda como extasiada en la contemplación deslumbradora de la NOVEDAD del mandamiento nuevo de Jesús: “Queridos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que tenéis desde el principio. Este mandamiento antiguo es la palabra que habéis escuchado. Y, sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo —lo cual es verdadero en él y en vosotros—, pues las tinieblas pasan, y la luz verdadera brilla ya”. (Jn 2, 10).

Luego es posible avanzar siempre hacia la hondura nueva del AMOR —nuevo en sí mismo y en nosotros—; es necesario “verderlo” todo para entrar en la órbita de Dios: “amaos... como yo, hasta el extremo...”.

A su manera, Nuestra Madre identificaba el sentido de sus textos Conciliares de elección con el “y, sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo —lo cual es verdadero en él y en vosotros—”. En esta experiencia de Dios en la oración, vio como si ni siquiera se había estrenado todavía, a nivel de cristiandad, por decirlo de algún modo, el gran MANDAMIENTO de Jesús. Quizás porque, como dice Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, “de guardar a guardar va mucho”.

Pudo ser también algo semejante a lo de Nuestro Padre San Juan de la Cruz:

*“dije: No habrá quien alcance;  
y abatíme tanto, tanto,  
que fui tan alto, tan alto,  
que le di a la caza alcance”.*

## **El Monasterio del Espíritu Santo: una casita de Nazaret**

Lo cierto es que, dentro de ese clima de oración, el Espíritu Santo le mostró con clarividencia qué era lo que quería de ella y el cómo debía realizarlo. También la revistió de fortaleza. Y, desde aquel día, todos pudimos comprobar, admirados, cómo dejó de ser una persona tímida, para dar paso a una criatura nueva, totalmente sometida a Dios y disponible, comprometida con la misión que el Señor le había encomendado:

Sí, debía fundar un nuevo Carmelo: en lugar silencioso y retirado; pobre y escondido en Dios. Sin más pretensiones que hacer un Carmelo-Betania para Jesús, una prolongación de la casita de Nazaret.

Luego, en la comunicación personal, no faltaron hermanas que comprendieron y compartieron el ideal de nuestra Madre María Isabel. A lo que entonces creímos, también movidas interiormente por el Espíritu Santo. Mas no obstante contar con este asentimiento, Nuestra Madre quiso asegurarse, con toda certeza, acerca de la autenticidad del espíritu que la guiaba y de la oportunidad, bondad y conveniencia de la fundación que pretendía.

Eran aquellos tiempos en que nuestra Sda. Orden, con recta y muy sabia lógica, derivada de experiencias específicas, había decidido no favorecer nuevas fundaciones de Monasterios de monjas (salvo el derecho de recurrir a la Santa Sede, contemplado en la propia legislación de la misma Orden). La razón principal era, sin duda, de una clarividencia meridiana: el número de monjas y de sus monasterios excedía extraordinariamente a la realidad concreta de nuestros religiosos en aquel entonces; por lo que no siempre resultaba fácil ni suficiente la atención solícita —espiritual y fraternal— que desde siglos habían podido dispensar a sus hermanas las Carmelitas Descalzas.



*“Con la mirada fija en Dios, Ntra. Madre M.<sup>a</sup> Isabel vuela alto...,  
hacia el descubrimiento de su misión”.*

El camino, pues, se presentaba arduo y dificultoso. Madre María Isabel lo presintió con una de esas intuiciones que el Espíritu Santo reserva para las almas puras y transparentes en su empeño personal de ser fieles al plan de Dios sobre ellas.

Y así, también en la oración, con clarividencia infusa, comprendió en profundidad el porqué del itinerario de Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús en la fundación de su primer palomarcito, San José de Ávila, y el “estilo” que la Santa había procurado en otras de sus fundaciones.

El camino de la Iglesia era seguro. Y el abrirse al juicio de la Iglesia, en su Jerarquía y propio Superior jurídico —resultare lo que resultare—, constituía toda seguridad para nuestra Madre María Isabel con relación al querer de Dios sobre ella y sobre la pretendida fundación. Ella decidió, de conformidad con lo que había entendido en la oración, abrir su alma por vez primera y por entero al Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Orihuela-Alicante, Mons. Dr. D. Pablo Barrachina y Estevan, a cuya jurisdicción pertenecía el Carmelo de La Olla de Altea.

*“Un Prelado, cuyo corazón estaba cortado según el Corazón de Dios, gobernaba la Diócesis de Orihuela-Alicante. Era recto, piadoso, prudente, experimentado; sobre todo, Padre, muy Padre: amigo de favorecer todo bien”.*

(M. M.<sup>a</sup> Isabel, Crónicas, pág. 3).

Como hemos dicho más arriba, Nuestra Madre había entendido en la oración el “cómo” había de proceder en este asunto. Así pues, comenzó a dar los pasos ordenadamente, acompasados al fortísimo, incontenible impulso interior que la guiaba. Totalmente abandonada en Dios y desasida de sí, no se preocupaba de cómo o qué habría de decir. Estaba segura de la palabra de Jesús: “No seréis vosotros los que habléis, el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros”. (Mt 10,20).

Fue así como Dios dispuso, en su sapientísima providencia (30 de Mayo de 1972), que un acontecimiento del todo inesperado e imprevisible fuera la causa generadora de una feliz oportunidad: que Nuestra

Madre María Isabel del Amor Misericordioso, acompañada de una de las hermanas, fuese recibida en el Obispado de Orihuela-Alicante.

*“Por fin, ya mediodía, llegamos a la Curia Diocesana en uno de los momentos más inoportunos e indeseables que imaginarse pueda (por cuestiones de especial gravedad inherentes a la misma Curia). En verdad, desde fuera, se percibía un ambiente ingrato, como para descorazonar y desanimar a cualquiera. No sabíamos sino rezar y hacer actos de fe y de confianza en el Señor, durante el tiempo de espera.*

*Por fin, fuimos introducidas en el despacho del Ilmo. Sr. Vicario General, D. Modesto Díez Zudaire. La figura de este señor, enteramente desconocido, era imponente y ‘distanziadora’... Se le notaba que acababa de pasar un mal rato con el visitante de turno. Tras un ligero saludo, nos apostrofó sin rodeos: “¿También ustedes vienen a traerme más problemas?”.*

*Pero, ¡lo que son las cosas de Dios!, pasado un fugaz instante de natural desconcierto, Nuestra Madre María Isabel comenzó a exponer con toda serenidad y admirable presencia de ánimo, toda la realidad del “proyecto de Dios” vivenciado profundamente en lo íntimo de su espíritu. Con sencillez luminosa y humilde precisión fue expresando, desde la ‘motivación original de su visita’ hasta lo que ella soñaba y pretendía alcanzar: la meta de la “fundación de un nuevo Monasterio de Carmelitas Descalzas” según el ideal que su Dios y Señor había impreso en su corazón (siempre que la Iglesia aprobara y acogiera, claro).*

*Se puede decir en verdad que el Espíritu Santo hablaba por ella, pues sus palabras reflejaban la transparencia de su alma, ‘su verdad de Dios’ y el noble propósito que la guiaba. D. Modesto estaba enteramente cambiado y gozoso, tanto, que desde ese momento se transformó en el “Padrino de nuestra Felicidad”, y “gran favorecedor del proyecto de la Madre”. Por eso, su dictamen no se hizo esperar: “Reverenda —dijo D. Modesto, con el rostro lleno de consolación y alegría—, todo lo que Vd. siente y me está diciendo, es cosa del Espíritu Santo; entra muy de lleno en el sentir de la Iglesia... ¡Ustedes no se van de aquí sin haber hablado, hoy mismo, con el Sr. Obispo!”.*

(Testimonio de M. E.).

Tras haber dialogado, transparentemente, con el Sr. Vicario General de la Diócesis de Orihuela-Alicante —Ilmo. Sr. D. Modesto Díez Zudaire—, él mismo se empeñó en concertar a las “dos monjas Carmelitas” una audiencia inmediata con el propio Sr. Obispo, pues deseaba consolar el corazón de Su Excelencia y hacerle gozar escuchando las “cosas que traía la M. M.<sup>a</sup> Isabel” (ya que el Prelado estaba sufriendo tantos sinsabores por aquel entonces). Así lo consiguió en seguida, previa información telefónica.

Aquí, cedamos la palabra a nuestra venerada Madre M.<sup>a</sup> Isabel, que nos dirá sabrosamente: *“Con el alma llena de esperanza y clamando al Señor desde el fondo de ella, subimos la escalera de la residencia episcopal. Nos instaló el Secretario —D. Paco Cases— en el despacho, y momentos después, aparecía el Sr. Obispo, lleno de majestad. Nos sentimos en presencia del ‘representante de Dios’. Le expusimos nuestros deseos, y la exigencia fuerte que Dios nos hacía sentir de un verdadero ‘retornar a las fuentes’, según el ideal teresiano completamente evangélico”*. (M. M.<sup>a</sup> Isabel, Crónicas, p. 5).

*Sí, debía fundar un nuevo Carmelo: en lugar silencioso y retirado; pobre y escondido en Dios. Sin más pretensiones que hacer un Carmelo-Betania para Jesús, una prolongación de la casita de Nazaret.*

(M. M.<sup>a</sup> Isabel, *Cuentas de Conciencia*).

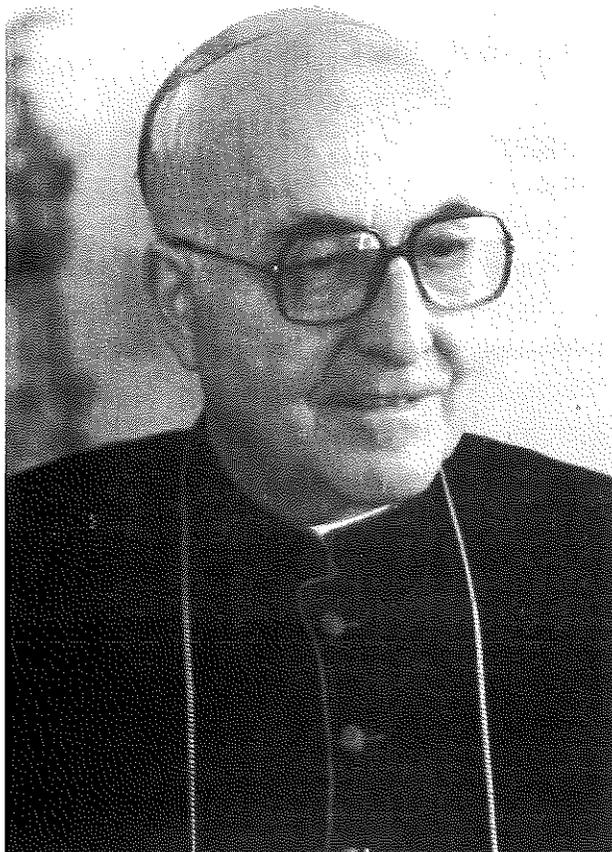
La Madre puso al descubierto su alma y su propósito. Ciertamente, podemos afirmar, con toda verdad, que el Espíritu Santo de Dios hablaba por ella: el don de sabiduría, el de entendimiento, ciencia, piedad..., se transparentaban en sus palabras. ¡Qué claridad de ideas, qué pureza de corazón y de recta intención! Así comunicó ella toda su alma con su Sr. Obispo, Mons. Dr. D. Pablo Barrachina y Estevan.

Todo lo valoró y sopesó el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Orihuela-Alicante, que vio con clarividencia que aquello era de Dios y que se trataba de *un carisma auténtico del Espíritu Santo*. Díjole así: “¡Pero, Madre, si es esto precisamente lo que quiere el Concilio Vaticano II, y lo que necesita la Iglesia en estos momentos de tanta confusión!”. De manera, que Su Excelencia no sólo aprobó el espí-

ritu que animaba a nuestra Madre M.<sup>a</sup> Isabel, sino que la alentó a perseverar en su propósito; le ofreció su mediación ante la Santa Sede y hasta indicó el lugar posible donde podría hacerse la fundación: ORITO. Tan claro le resultó el discernimiento, que parecía ya todo estaba hecho.

*El Prelado, mostrándose cada vez más Padre, nos escuchaba con atención. Al terminar, se puso de pie y perdida la mirada en un más allá, como si viera algo —parecía un profeta—, pronunció estas palabras: SE HARÁ. El Espíritu de Dios se desbordaba de tal manera en Él, que nos lo transmitió a nosotras. Nos dio la bendición y nos despedimos.*

(M. M.<sup>a</sup> Isabel, *Crónicas*, p. 5).



*D. PABLO discierne:*

*— Es un carisma auténtico del Espíritu Santo: “SE HARÁ”.*

*“... cayó sobre nosotras una invasión divina, jamás sentida, y que no es posible decir. Nos hallábamos en la ‘TIENDA DE NUESTRO ENCUENTRO’, y nos sentíamos invadidas por el amor poderoso del Señor. Entramos en un silencio profundo que duró algunas horas —era imposible pronunciar palabra—, y... adoramos... adoramos... adoramos al Omnipotente y eterno Dios, que acepta la entrega de su creatura”.*

(M. M.<sup>a</sup> Isabel, *Crónicas*, p. 6).

Resulta verdaderamente delicioso leer en nuestras Crónicas conventuales todos estos pasajes referentes a la fundación. Los dejó escritos nuestra venerada Madre. Son relatos encantadores, llenos de unción, de amor y de alabanza al Señor Nuestro Dios.

### Esto es de Dios

También el Rvdo. Sr. D. Diego Hernández González, ya nombrado en este relato, fue grandísima y decisiva ayuda favorecedora de la fundación del palomarcito de Orito.

Después de contar con el discernimiento, la benigna acogida y aprobación del espíritu que la guiaba, por parte de la Jerarquía diocesana, quiso nuestra venerada M. M.<sup>a</sup> Isabel tratar, por vía de “cuenta de conciencia”, con el P. Diego (que había estado largo tiempo ausente y enfermo, por hepatitis gravísima), la génesis y proyecto de “fundación” que queda dicha.

Este “Padre Diego” gozaba de un gran prestigio como sacerdote y santo: Padre espiritual de sacerdotes y personas consagradas al Señor; amén de seglares comprometidos. Durante más de veinte años ejerció el cargo de Director espiritual del Seminario de la Diócesis de Orihuela-Alicante, realizando una labor excepcional a nivel diocesano. También fue un don de Dios para nuestra Comunidad de Altea, por ser su confesor ordinario. Falleció, con renombre de santo, en Alicante, el 26 de Enero de 1976.

Nuestra Madre María Isabel comenzó a tratar con él a principios

del año 1971. Lo admiró y estimó sobremanera, sin apartarse nunca de su consejo y dirección espiritual. También él hizo un lúcido discernimiento del espíritu de Nuestra Madre y de su proyecto de fundar un nuevo palomarcito de la Virgen. Lo traslucen bien estas palabras textuales suyas: “Yo, que no acostumbro a contestar antes de pensarlo bien en la oración, ¡cómo me hablaría esta mujer!, que viendo claro, contesté inmediatamente: ESTO ES DE DIOS”.

*Nuestro P. Diego, en aquel momento, se me volvió para mí en roca fuerte: me sentía segura. ¡Qué bueno es Dios...! Luego siguieron muchos detalles y pruebas... Pero el Padre, en toda ocasión, me aseguraba y animaba. Yo sentía una fortaleza que no era mía, y cuando se lo dije, me contestó: que ya lo había notado él, y que esta fuerza me venía del Espíritu Santo. En ella misma se aseguraba el Padre, que esto, la fundación, la quería Dios.*

(M. M.<sup>a</sup> Isabel, *Relato histórico*)

Mas, como es normal en toda obra del Señor, no todos entendieron e interpretaron bien el empeño de nuestra venerada Madre. Hubo dificultades y contradicciones: los sufrimientos inherentes al “Ven, y sígueme”, cualquiera sea la llamada de Dios.

Una vez más, lo de Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, “Poco durará la batalla, hija mía, y el fin es eterno”. “La mujer cuando está de parto, está triste, porque llega su hora; pero cuando ya ha dado a luz al niño, no se acuerda más de la angustia, por la alegría de que ha nacido al mundo un hombre”. (Jn 16,21).

Así también fue el alumbramiento de nuestro ansiado Carmelo.

El permiso de la Santa Sede, autorizando la fundación de este MONASTERIO DEL ESPÍRITU SANTO, está fechado en Roma y firmado por el Emmo. Cardenal Ildebrando Antoniutti precisamente en la festividad de Nuestra Madre Santísima del Carmen, 16 de Julio de 1973.

Y la emoción honda e indescriptible de la partida. Ha sonado la hora: día 24 de Agosto de 1973. Por impensados caminos de la Providencia de Dios, y coincidiendo precisamente con el 411 ani-



*Esa linda flor —EL MONASTERIO DEL ESPÍRITU SANTO—  
ha brotado en el añoso tronco alcantarino de Orito y lo ha hecho reverdecer.*

versario de la Reforma Teresiana, del encantador paraje y amado palomarcito de Altea, sale nuestra venerada Madre María Isabel con un grupito de hermanas, que llegan a Orito con la especialísima misión de “revitalizar la vida espiritual de toda la Comarca”.

La nueva comunidad se va a componer de los siguientes miembros:

- M. María Isabel del Amor Misericordioso.
- María Elena de Cristo.
- María Concepción de la Cruz.
- Ana María de Dios Padre.
- Carmen de la Santa Faz.
- María Antonia de Jesús.
- María Francisca de la Madre de Dios.
- María Pilar del Crucificado.

Nos place reproducir aquí el mensaje entrañable de este acontecimiento.



PUES TODO CONCERTADO,  
FUE EL SEÑOR SERVIDO, QUE DÍA  
DE SAN BARTOLOMÉ...  
CON TODA AUTORIDAD Y FUERZA  
QUEDÓ HECHO NUESTRO MONASTERIO.  
TERESA DE JESÚS  
IVICA, 30, 81

### El Carmelo Descalzo del Espíritu Santo

*Anuncia fraternalmente a la Orden entera, y a todos sus amigos y bienhechores el gozo de su nacimiento en el Santuario Mariano de Orito, remanso de paz y tierra de Santos, en donde sin cesar canta las misericordias del Señor.*

Gloria a nuestro Dios. Aleluya.

Día 24 de agosto de 1973

Orito - Monforte del Cid (Alicante)

“ES EL SEÑOR QUIEN LO HA HECHO, HA SIDO UN MILAGRO PATENTE”.

“Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su Misericordia”

(Salmo 117)

*El Señor Dios fue preparando con tiempo, algo que podríamos llamar, “derroche de amor, sabiduría, y poder”. Fue Él, quien dispuso las cosas, y las llevó a feliz término. Ante lo verdaderamente grande, el tiempo no cuenta. ¿Y qué más grande, que el Señor se incline a su criatura, y escogiendo lo más débil y pobre, haga de ella sus obras maravillosas? Adentrémonos en esta trama amorosa, y podremos contemplar un deslumbrante tejido de la Providencia. En las manos de Dios, todo son piedras preciosas para levantar el edificio; para cercar aquella tierra santa, ante la que nos debemos descalzar, porque “la zarza divina arde sin consumirse”. Su misericordia y paciencia no se agotan. Espera siempre el “momento” de su criatura, y le repite con inefable amor: “Yo soy el que SOY”.*

(M. M.<sup>a</sup> Isabel, *Crónicas*, p. 1).

### **Orito: tierra de María y forja de santos**

*“Mil años en tu presencia son un ayer que pasó. ¡Orito...! ¡Silencioso y escondido rincón perdido en las montañas de la provincia de Alicante... te saludo con veneración y amor...!”*

(M. M.<sup>a</sup> Isabel, *Crónicas*, p. 1).

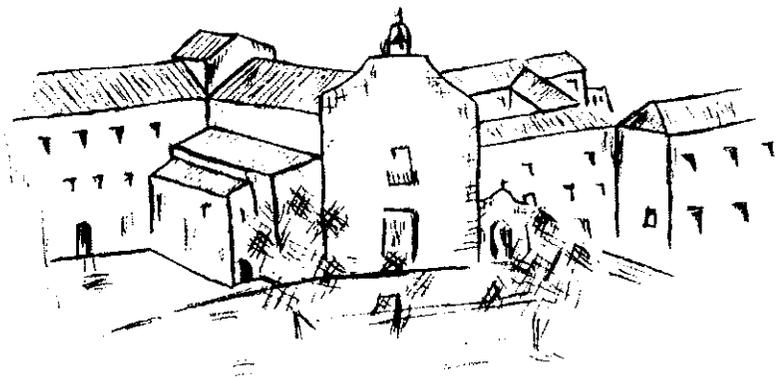
Nos parece oportuno ofrecer ahora una breve noticia de este lugar:

Orito, zona residencial veraniega, es una Partida del Municipio de Monforte del Cid, Provincia de Alicante. Pertenece a la Diócesis de Orihuela-Alicante. Es un rincón delicioso hecho de silencio y poblado de soledad. Desde tiempos antiguos, Orito se había hecho célebre por la aparición milagrosa de Nuestra Señora de Orito —Loreto— (1555), que había dado renombre al lugar geográfico y origen al Monasterio



**IMAGEN**

DE LA VIRGEN SANTISSIMA DEL ORTO.  
SANTUARIO Y CONVENTO



de frailes Franciscanos Descalzos (alcantarinos), fundación ésta dispuesta y ordenada por San Pedro de Alcántara (1562).

Un acontecimiento de relevante importancia es: haber ingresado en este Monasterio y hecho su profesión solemne (2 de Febrero de 1565) San Pascual Bailón, patrono de las Asociaciones y Congresos Eucarísticos: aragonés, venido a estas tierras levantinas atraído por la fama y milagros de Nuestra Señora de Orito.

También fue conventual del Monasterio alcantarino el Beato Andrés Hibernón.

Los avatares de la historia y los vaivenes de la política española condicionan fuertemente las alternativas de esplendor o de decadencia del Monasterio a través de los tiempos: 1835-1971. La decadencia del convento de Orito se convierte en un serio problema para su Provincia Capuchina de la Preciosísima Sangre, que no puede asumir el resurgimiento de una comunidad, por falta de religiosos.



*“Fresco de inspiración alcantarina que representa a Nuestra Señora sentada sobre una azucena, en actitud orante e intercesora”.*



*“Claustro bajo del convento de Orito... con sus macetas y hasta un pozo.  
Tantos detalles que invitan a la oración, en este oasis de soledad y silencio”.*

En consecuencia, el P. Provincial, a la sazón Rvdo. P. Manuel Giner Castells, religioso profundamente evangélico, ofrece el Monasterio a la Diócesis de Orihuela-Alicante, en la persona de su Obispo Mons. Dr. D. Pablo Barrachina y Estevan.

Así, por estos derroteros, la divina providencia fue preparando los caminos para que el interesante y recoleto Monasterio alcantarino fuera transformado en Carmelo teresiano, ya que, a pesar de las diversas y ventajosas soluciones posibles para Orito, se dio la primacía a la vida contemplativa, como hemos visto. Y precisamente *para revitalizar la vida espiritual de toda la Comarca.*

Se hizo, pues, la fundación en Orito porque el convento reunía óptimas cualidades para la soledad, el silencio, la pobreza, la oración y la contemplación; para vivir la radicalidad evangélica del estilo carmelitano-teresiano. Estos factores fueron decisivos.

La recepción oficial tiene lugar el 2 de Septiembre de 1973. El pueblo de Monforte del Cid y sus dignísimas autoridades civiles y eclesíásticas se regocijan por el advenimiento de las Carmelitas, a las que han recibido con este emotivo saludo: BIENVENIDAS A ESTE SANTUARIO DE MARÍA. HACE CUATROCIENTOS AÑOS QUE LA VIRGEN OS ESPERABA.

Pocas obras de restauración y acomodación hubo que realizar. Se costearon con aportaciones económicas de familiares y amigos de la Comunidad.

El Decreto de clausura fue firmado por el Excmo. y Rvdmo. Mons. Dr. D. Pablo Barrachina y Estevan en la festividad de Cristo Rey, 25 de Noviembre de 1973.

### El hombre de la casa

Nuestra venerada Madre María Isabel emprendió la fundación en suma pobreza material y desnudez de corazón; puesta la confianza en sólo Dios. Esta actitud de “pobre de Yavé”, tan propia de Nuestra Madre, la potenció todavía más la palabra profética del P. Diego Hernández, al decirle así: “Marchad, buscando tan sólo la gloria de Dios, y entregaos libres de toda preocupación a Él, que no os faltará nada. Tendréis de sobra”. Y ya en Orito, nos decía: “Aquí el hombre de la casa es Jesucristo; Él os proveerá”.

El mismo P. Diego fue providencia y alegría para el corazón de la M. M.<sup>a</sup> Isabel. Con el fin de acentuar el ambiente carmelitano en el recién habilitado coro bajo del convento de Orito, D. Diego pintó un bellissimo lienzo al óleo en el que dejó desbordar su corazón de santo y de artista. El cuadro representa una escena idealizada que recoge la presencia espiritual de los Stos. Padres —Teresa de Jesús y Juan de la Cruz—, en medio de la Comunidad. La figura central, ubicada al pie de la ventana, es la de la M. M.<sup>a</sup> Isabel.

El Señor Jesús, como “hombre de la casa”, nunca defraudó la filial y ciega confianza de Nuestra Madre M.<sup>a</sup> Isabel; por eso remedió siempre nuestras necesidades. Y aún hemos podido socorrer



*Tema: La Comunidad reza en el Coro. San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús se hacen presentes, aunque invisibles a las religiosas, y contemplan extasiados a Nuestra Señora (bajo cuyo camarín se situó el cuadro). Al fondo, una ventana abierta hacia la montaña y la Cueva de San Pascual. Y no podían faltar en el pincel del P. Diego las figuras de San Juan de Ávila y de Santa Teresa del Niño Jesús.*

necesidades más perentorias de la Iglesia y de nuestras hermanas y hermanos en el Carmelo. Y no por andar nosotras sobradas en demasía, sino por conciencia clara de nuestro deber de compartir: “El que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene; el que tiene alimentos, que haga lo mismo”. (Lc 3,11).



Rvdo. D. Diego Hernández González, gran conocedor del carisma de la Madre.

*[El P. Diego] “como verdadero PADRE lleno de experiencia, que busca el bien de sus hijos, nos encareció con insistencia, «que buscásemos tan sólo la gloria de Dios: que en Él solo descansásemos, y que jamás por nada del mundo, torciésemos el plan que Él había formado sobre nosotras, que aunque éramos pocas, no nos preocupásemos, y tratásemos en serio de ser vino generoso para la Iglesia de Dios; jamás vino aguado, que no servía para nada»”.*

*(M. M.<sup>a</sup> Isabel, Crónicas, p. 17).*

Además de los ya mencionados Padres Capuchinos, fueron instrumentos dóciles y generosos en manos de la divina Providencia, para favorecer este Palomarcito de la Virgen: el entonces Cura Ecónomo de Monforte del Cid, Rvdo. Sr. D. José Vallalta Orozco, su primo, Rvdo. P. Fr. Antonio del Riego Orozco, O.P., Cáritas parroquial, D. Secundino Cantó Miralles, Alcalde de Monforte por aquellos años; el Rvdo. Sr. D. Antonio Cerdán Pastor, Arcipreste de Novelda, y el Rvdo. Sr. D. Vicente Luz Navarro, Cura Ecónomo de la Parroquia de San Roque de Novelda.

En esta misma línea, fue conmovedor el testimonio eclesial que, al conocer la noticia del nacimiento de este humilde Carmelo, dieron numerosas Congregaciones, Órdenes religiosas, Parroquias, almas consagradas y seglares comprometidos, que, queriendo hacer vida aquello de, “Y todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común” (Hch 5,44), acudieron a socorrernos en nuestra pobreza: Religiosas de San José de Cluny, Hermanitas de los Ancianos Desamparados, Carmelitas Misioneras Teresianas, los Hijos e Hijas de San Vicente de Paúl (Alicante, Tángel y Agost), Rvdos. P.P. Carmelitas, Religiosas Siervas de Jesús, Institución Teresiana, Religiosas Adoratrices, Religiosas Siervas de la Pasión, Madres Jerónimas, Oblatas Dominicanas, Capuchinas, Religiosas de Jesús María; Parroquias de San Nicolás y de San Gabriel (Alicante), Parroquia de Santa María de Elche, Parroquia de Monóvar; gentes de Aspe, Agost, Callosa de Segura, Elda, Petrel, La Cañada, Novelda, Monóvar, Ibi, Santa Pola, Alicante, Villena y Madrid.

Nuestra Madre María Isabel, con su bondad, sonrisa y simpatía habituales acogía a todos, se interesaba por sus cosas. Cuando aún no teníamos clausura, los invitaba a tomar algún refrigerio bajo los pinos de la parte posterior de la casa, o se les servía de lo que estaba preparado para comida de la Comunidad; el caso era obsequiarlos según nuestras posibilidades, con gratitud. Todos se sentían amados por Nuestra Madre, y se establecían vínculos ya estables y permanentes. No era un mero gesto de cortesía: las familias y problemas personales o comunitarios habían sido acogidos en su gran corazón y en su constante oración, y ya nunca los olvidaría.

Respecto de su Comunidad, Madre María Isabel era la primera en arrostrar las dificultades y trabajos inherentes a los comienzos de una fundación. Además de dirigir la marcha de la Comunidad y de estar al frente de la vida de observancia, participaba —como una más— en el trabajo remunerativo que habíamos tomado, siempre dispuesta a cualquier sacrificio y privación.

A consecuencia de los sufrimientos y pobreza padecidos en la Guerra Civil del 36 y en los años de carestía de la postguerra, la salud de Nuestra Madre se había deteriorado y resquebrajado con alguna frecuencia. El cambio de clima, por ser seco en Orito, le sentó muy bien, y durante varios años permaneció en pie desde Laudes hasta las tablillas nocturnas, y durante la siesta en verano.

Sus manos hacían prodigios recomponiendo pequeños retales, hasta lograr hacer un delantal u otra pieza que las hermanas necesitaban. Confeccionó unos alegres delantales-servilletas para cuando en verano comemos o cenamos en la huerta los días de fiesta mayor. Su ingenio siempre estaba vigilante para facilitarnos algo o darnos alguna festiva sorpresa. ¡Cuánto gustaba darnos sorpresas! Con su gran capacidad de admiración y de ilusión hacía más amena y gozosa la igualdad de nuestros días de observancia y austeridad, y contribuía a que siempre pareciese que estábamos estrenando la vida carmelitana.

# **III**

## **Esplendor de una vida**



### Un calorcito para la Iglesia

En el mes de Febrero de 1974 Nuestra Madre desbordaba de gozo al mostrarnos un inapreciable autógrafo del Emmo. Sr. Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares. El mensaje era por demás significativo; dice así: “Il Cardinale Ildebrando Antoniutti felicita efusivamente a las queridas hermanas del Carmelo del Espíritu Santo de Orito y les bendice de corazón pidiendo que ese Monasterio sea un oasis de paz y un verdadero centro de oración”.

Y el 31 de Julio del mismo año 1974, una nueva comunicación desde Roma: “El Cardenal Ildebrando Antoniutti bendice a Madre Isabel del Amor Misericordioso y le agradece la bondadosa carta enviada con motivo de la festividad de Ntra. Sra. del Carmen, deseando gracia y paz, salud y bienestar a ese querido Monasterio del Espíritu Santo! - En unión de oraciones!”



Il Cardinale Ildebrando Antoniutti  
felicita efusivamente a las  
queridas hermanas del Carmelo  
del Espiritu Santo de Orito y les  
bendice de corazón pidiendo que  
ese Monasterio sea un oasis de  
paz y un verdadero centro de  
oración.

Roma 28.11.74

Il Card. Antoniutti

Il Cardinale Ildebrando Antoniutti

bendice a M. Isabel del D. M<sup>o</sup> y le  
agradece la bondadosa carta enviada  
con motivo de la festividad de N. S.  
del Carmelo, deseandole gracia y paz,  
salud y bienestar a ese querido  
Monasterio del Espiritu Santo!

En union de oraciones!

Roma

31.VII.74

Il Card. Antoniutti



Esta felicitación contribuyó a que nuestra Madre María Isabel renovara su entusiasmo por intensificar la formación permanente de sus hijas: en los Capítulos, en la Conferencia semanal, en las recreaciones no cesaba de exhortarnos, con su palabra y con su ejemplo, a encarnar en nuestra vida las enseñanzas de Jesús en el Evangelio, especialmente aquel “sed uno” y “amaos como yo os he amado”, y el himno a la caridad de San Pablo, en el capítulo trece de su primera carta a los Corintios. En una frase, que repetía con frecuencia, resumía su sentir: “Sed cristianas de verdad” (para ser Carmelitas Descalzas auténticas). Esto era algo que le quemaba las entrañas y la deshacía.

“Seamos un calorcito para la Iglesia”, solía decir. “¡Qué hermoso es hacer una Betania para Jesús, en donde siempre se le reciba con amor, se le escuche y se le sirva!... Una prolongación de Nazaret... Un rinconcito hondamente cristiano en el que, quienes se nos acercan, sientan el calor de Jesús”.

*“Ven, Señor Jesús, pasa adelante, no hay puerta cerrada para Ti en tu Carmelo de Orito. Bendícelo, bautízalo con un nombre muy querido para Ti. Llámalo, y que sea en verdad, tu Betania.*

*En Betania encontraste amigos siempre fieles, dispuestos a escucharte y servirte: amigos que se adentraron en tu intimidad, y de los cuales Tú podías disponer: amigos en las horas del Tabor y del Calvario; amigos que se fiaban de Ti, que te obedecían, que jamás desmintieron su amor; ¡eso queremos ser para ti, Cristo amado, Esposo Divino!*

*En este Carmelo ‘Betania’ encontrarás amor, entrega, obediencia; amistad que desea servirte. Te escucharemos, Señor, guardaremos tus palabras en nuestros corazones, y, obedientes a nuestra Madre del Cielo, ‘haremos lo que Tú nos digas’. Cambia nuestra agua en vino.*

*Ven, Jesús. Cuando los vientos arrecien, te esperamos, Señor. Cuando rija la tormenta y el rayo amenazador quiera atemorizarnos, te esperamos, Señor. Cuando la noche nos envuelva, y la oscuridad caiga sobre nosotros como un manto, te esperamos, Señor. Cuando, hambriento de amor, busques quién se deje amar, te esperamos, Señor. Siempre, de día y de noche, te esperamos, Señor.*

*Queremos compartir contigo. No estás solo, tus amigos de Betania te acompañan siempre. Y así, cruzando el destierro como llamas ardientes salidas de tu Corazón, iremos desde el silencio de nuestra clausura incendiando el mundo, hasta que un día lleguemos a la Patria y entonemos aquel canto que no tendrá fin:*

*Gloria al Padre, Gloria al Hijo, Gloria al Espíritu Santo; y a Ti, María. Así sea.”*

(M. M.<sup>a</sup> Isabel del Amor Misericordioso)

Expresaba en estos términos la impronta que deseaba para su amada Comunidad Carmelitano-Teresiana: “Nuestro Carmelo tiene que girar siempre apoyado en su pequeñez: de esta pequeñez tiene que sacar su fortaleza, confianza y alegría. El punto de partida, nuestro caminar y fin ha de ser el Evangelio, junto al carisma fundacional de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, siendo dóciles a la invitación que la Iglesia nos hace por medio del Concilio Vaticano II para ponernos al día, conservando, con espíritu remozado, el carisma de los fundadores, “volviendo a las fuentes”. ¡Cómo sabía armonizar, en la práctica, “la vuelta a las fuentes de toda vida cristiana y a la primitiva inspiración de los institutos”! (P.C. 2), pues pensaba seriamente que, “las mejores acomodaciones a las necesidades presentes no surtirán efecto si no se vivifican con una renovación espiritual” (P.C. 2 c). Nos quería muy conscientes de que nuestra consagración peculiar en el Carmelo “se funda íntimamente en la consagración del bautismo y la expresa en su totalidad” (P.C. 5).

*“Mire, nosotras formamos una Comunidad de quince: yo jamás he soñado que vivamos como ángeles. Dios nos hizo criaturas humanas, y hemos de vivir como tales, los pies puestos en la tierra, pero muy firmes. Para mí, una religiosa es un cristiano perfecto: Claro que, si fuéramos así, [cristianos perfectos] no harían falta conventos, ya que nosotras tratamos de ser aquel resto que conserva la levadura: ¿conforme? Así pues, hay que estudiar el evangelio día a día, y hacerlo VIDA. En una ocasión se oyó la voz del Padre que, entusiasmado ante la humildad de su Hijo, después del Bautismo, dijo: “Este es mi Hijo amado en quien tengo pues-*

*tas todas mis complacencias. ESCUCHADLE". Este escuchar al Hijo es vivir con la mayor perfección posible el Evangelio: ese amar al prójimo como a ti mismo, y como el mismo Dios nos amó..., ya hay que profundizar y esforzarse olvidándonos de nosotros mismos; y si no lo hago así, quedo con una deuda grande con el hermano, que espera, en justicia, este amor que le corresponde".*

(M. M.<sup>a</sup> Isabel a una religiosa)

## **Colgada de las manos de Dios**

Debió ser sensible para su corazón, tan de madre, el que algunas de las vocaciones de los primeros tiempos de la fundación, que prometían mucho, no perseveraron; por falta de salud o por otras razones. Entonces, inmovible en su fe y en su inmarcesible confianza en Dios, gustaba extrañamente más a fondo aquello del cántico de Habacuc:

*"Aunque la higuera no echa yemas  
y las viñas no tienen fruto,  
aunque el olivo olvida su aceituna  
y los campos no dan cosechas,  
aunque se acaban las ovejas del redil  
y no quedan vacas en el establo,  
yo exultaré con el Señor,  
me gloriaré en Dios, mi salvador".*

(Hab 3, 17-18)

Este pasaje lo tenía escrito en grandes caracteres en su celda, para leerlo con frecuencia y fácilmente.

Vivía así, colgada de la divina Providencia. No era cosa nueva en ella. Siendo Priora por vez primera en Altea, se puso gravemente enferma la Subpriora, Madre Teresa María. Se precisaba una cama articulada, como la de las clínicas. En el convento no había más que mil pesetas para todos los gastos de la Comunidad; pero ante aque-

lla necesidad, Nuestra Madre optó por atender con todo amor a nuestra enferma. Escribió a la Madre Superiora del Sanatorio del Perpetuo Socorro de Alicante, Rvda. Madre Salvadora González, pues no sabía dónde encontrar ese tipo de cama, y le suplicó le hiciese las gestiones pertinentes, comprometiéndose a pagar todo... (¡Y no tenía con qué!). Pero el Padre Dios movió el corazón de aquellas hermanas nuestras, que se hicieron cargo de todo y aun nos llevaron la cama hasta Altea. Nuestra Madre se lo agradeció inmensamente. Después comentó: El Señor no defrauda jamás a los que ponen en Él su confianza.

Otro gesto de su confianza en la divina Providencia. Era el primer invierno que íbamos a pasar en Orito, y teníamos los hábitos muy deteriorados. A pesar de haber entregado los cubres de las tarimas, que eran de sayal, para remendar los hábitos, no era remedio suficiente; se imponía comprar sayal. Los recursos eran escasos y había que hacer frente a los gastos de obras de acomodación para nuestra vida regular. Nuestra Madre sólo pensaba en la necesidad de sus hijas, y encargó la cantidad de sayal que necesitaba de momento. Llegó el sayal un día a última hora de la mañana, y la factura... Por la tarde, inesperadamente, se presentaron dos bienhechoras de la Comunidad, de Aspe. Las señoras de Acción Católica habían hecho entre ellas una colecta a nuestro favor. Nuestra Madre, muy agradecida, dejó el sobre con el dinero junto al Sagrario, como siempre tenía por costumbre. Al día siguiente lo contó: exactamente el importe de la factura, con céntimos y todo.

Casi temerario podría parecer el que Nuestra Madre, siempre abandonada en los brazos de su Padre Dios, viendo que el cuidado y atención del Santuario de Nuestra Señora de Orito, más el cumplimiento de los oficios de cada hermana, podía sobrecargar de trabajo y redundar en detrimento de la observancia regular, decidió dejar el trabajo remunerativo, muy bueno, que habíamos tomado al comienzo de la fundación. Y no quedó defraudada.

Al principio, cuando se nos propuso entrar en la Seguridad Social, como una preciosa providencia, Nuestra Madre comentó con gracia: "A mí el Señor no me ha fallado nunca. Siempre me fue

muy bien con la Providencia de Dios: no comprendo por qué ahora he de cambiar de *providencia*”.

En repetidas ocasiones, estando la Comunidad en algún apurillo económico, siempre llega al torno alguna persona que entrega un sobre conteniendo dinero. A las preguntas de la hermana tornera, las respuestas son similares: “¿El nombre?, no importa, hermana: ¡es el Señor!”.

### Su Obispo, “Jesús vivo”

Ya hemos referido cómo, años atrás, Madre María Isabel, movida por el Espíritu Santo, decidió abrir enteramente su alma a su Obispo y manifestarle lo que en la oración estaba experimentando con toda claridad, a su parecer. Este es el punto de partida de una estrecha comunicación espiritual, llena de respeto, obediencia, amor y veneración, nunca desmentidos, hacia su Obispo y Padre. Era tal su espíritu de fe y de obediencia filial, que nada veía dificultoso en tratándose de la menor indicación de su Prelado. Nuestro Sr. Obispo sabía que era así, y tenía para con ella deferencias paternas de verdadera dilección, a la vez que confiaba en su oración en favor de la Iglesia y de toda la Diócesis. Tan seguro y confiado estaba de la intercesión ante el Señor, de nuestra Madre María Isabel, que llegó a expresarse así: “Ella siempre está rezando por vosotros, ella siempre se está inmolando por vosotros, ella siempre se está santificando por vosotros y por nosotros”.

“¿Veis?, no es del mundo. Sin embargo, sí que está en el mundo, en este sentido (...)”.

“Cuando una persona está tratada por la gracia, a fondo: un día, una semana, un mes, un año, ¡50 años!, ¡mírala!, y verás cómo está transformada por la gracia. Y entonces, sí, entonces es tesoro divino”. (13-I-80).

Nuestra Madre María Isabel del Amor Misericordioso ha sido la MADRE por antonomasia de la Comunidad y, como tal, era conocida y reconocida por todos. Este Carmelo, por unanimidad

expresada libremente en cada caso, ha deseado y obtenido siempre la legítima aprobación para mantenerla en el gobierno conventual, por sus indiscutibles dotes y, sobre todo, por su santidad.

Mucho nos sirvió de orientación sobre el caso, el criterio de Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús: “Hallamos por acá que, por experiencia, que la primera que pone el Señor en una fundación por mayor parece la ayuda y da más amor con el provecho de la casa y con las hijas, que a las que vienen después, y así aciertan a aprovechar las almas. De mi parecer, mientras no hubiere cosa muy notable en la perlada que comienza —de mala— no la habían de mudar en estas casas, porque hay más inconvenientes de lo que ellas podrán entender. El Señor les dé luz para que en todo aciertan a hacer su voluntad, amén”. (Carta a las Carmelitas Descalzas de Sevilla, Malagón, 13 de Enero de 1580).

### **Hoy como entonces: ¡Enhorabuena, Jesús!**

Así, tratando seriamente de vivir a nivel comunitario en la VERDAD y en el AMOR, llegamos al 7 de Enero de 1980, en que se cumplieron los 50 años de profesión religiosa de nuestra amadísima Madre María Isabel del Amor Misericordioso. Ella, por su parte, habría querido pasar desapercibida, oculta en el corazón de su Padre Dios, sin celebración alguna más allá de la intimidad de su clausura. Pero, por darnos gusto, se prestó a los festejos que organizamos. Aunque en el programa oficial sólo constan los días 7, 8 y 9 de Enero, la verdad es que las fiestas domésticas se prolongaron por lo menos una semana, pues el número titulado “Ofrenda de Amor” consistía en un voluminoso álbum con imágenes y sugerencias alusivas a pasajes de la vida de Nuestra Madre —“Esta es su vida”—, cuyo relato e interpretación se desarrolló en varias sesiones.

Pues bien, por complacernos en la realización de este proyecto, Madre María Isabel contó a Madre Subpriora muchas anécdotas de su vida, con preciosos detalles, que ahora nos han servido admirablemente. Nuestra Madre, de ordinario, no hablaba de sí ni de sus

cosas; antes bien, por humildad y modestia, rehuía siempre hablar de ello.

¡Qué lejos estábamos nosotras de sospechar, viéndola tan jovial y feliz, que pronto daría comienzo a la subida de su último calvario!

En la carta que escribió al Sr. Obispo para agradecerle que Su Excelencia había aceptado venir a la celebración de la Eucaristía de sus Bodas de Oro, le cuenta con mucha gracia: que le han dicho que, en Monforte, hay tanto entusiasmo, que no cabrá la gente en la iglesia y que, como es tan querida, desean que viva hasta los cien años, para festejarla en aquellas “Bodas”. “¡Casi nada, el susto que me dio!” —termina diciendo—.

Las fiestas culminaron el día 13 de Enero con una solemne Eucaristía presidida por nuestro Sr. Obispo, acompañado por el Sr. Vicario General, el Rvdo. P. Manuel Giner, O.F.M. cap., que era Provincial cuando la fundación, y cantidad de sacerdotes amigos de la Comunidad. El templo, en efecto, estaba abarrotado de gentes venidas de diversas poblaciones, a pesar de que fue día extraordinariamente lluvioso, con viento y mucho frío, que impidió la llegada de algunos que venían de lejos y se vieron forzados a interrumpir el viaje.

La homilía de nuestro Sr. Obispo, Excmo. y Rvdmo. Mons. Dr. D. Pablo Barrachina y Estevan, fue un hermoso canto a la fecundidad de la vida consagrada vivida a tope en la fidelidad. Todo ello, referido a nuestra venerada Madre.

Estas celebraciones concluyeron con un canto de acción de gracias al Señor, como si fuese cantado por Nuestra Madre con el mismo candor que había felicitado a Jesús en el día de su primera Comunión. El canto terminaba así:

*Tú bien conoces mi barro,  
barro que hoy refulge en tus manos;  
“enhorabuena”, mi Alfarero.*

*Enhorabuena, Jesús,  
Tú, mi Dios, nueva “enhorabuena”.  
Hoy, como entonces: ¡Enhorabuena!*



*“Foto tomada en la Celebración de las ‘Bodas de Oro’ de Profesión religiosa de M. M.ª Isabel, presidida por Mons. Dr. D. Pablo Barrachina y Estevan”.*

Colofón providencial que Jesús quiso poner a las fiestas de Bodas de Oro de nuestra querida Madre, fue la visita de Nuestro Padre General, Rvdmo. P. Fr. Felipe Sáinz de Baranda, que en la tarde del 16 de Enero de 1980 entró en nuestra clausura y nos celebró una emotiva Eucaristía en nuestra capilla doméstica. Luego, en la sala Capitular nos habló cordialmente a toda la Comunidad; recorrió todas las dependencias y huerta del Monasterio.

De gran alegría y consolación fue para Nuestra Madre y para todas nosotras esta visita, en la que pudimos escuchar a Nuestro Padre y dialogar con él.

## En el lecho de la cruz

Ahora, continuando este relato, recordamos haber escrito más arriba que, nuestra querida Madre María Isabel estuvo marcada desde niña con la cruz de Jesús. El Señor la regaló, además, con enfermedades e inapetencia. Era bastante joven cuando, estando aún en Manises, hubo que hacerle trepanación, y perdió prácticamente la audición del oído derecho. Esto no impidió que siguiese cantando con seguridad; para ello tenía muy linda voz y daba notas muy altas. Poseía un oído tan fino, que con sólo el izquierdo podía defenderse con normalidad. Por lo demás, seguía normalmente toda la vida de observancia regular.

Aunque el clima de Orito le había probado visiblemente, las reliquias de una pleuresía padecida en los primeros años de profesa, estaban haciendo labor soterrada: los pulmones iban perdiendo insensiblemente su elasticidad, la sangre cada vez asimilaba menos el oxígeno y retenía el anhídrido carbónico. Esto se manifestaba al exterior en una respiración corta y superficial, hablar fatigoso; propensión a catarrros bronquiales.

El verano de 1980 lo pasó en reposo por una afección cardíaca, en relación a su problema fundamental. En un principio, fue atendida por el Dr. D. Francisco Penalva, de Novelda. Nuestro querido Sr. Obispo, preocupado por la preciosa salud de Nuestra Madre, hizo venir a un especialista cardiólogo muy bueno y de toda confianza: Dr. D. Jesús Lozano Pérez, que a la sazón era Director del Sanatorio Nacional Cardiovascular, en San Vicente del Raspeig.

El Dr. Lozano, que todavía no conocía a Madre María Isabel, quedó muy impresionado por las palabras ponderativas con que nuestro Sr. Obispo le encomendaba a la querida enferma; palabras que revelan claramente el concepto que de ella tenía, y que a D. Jesús le quedaron grabadas para siempre. Díjole así: “Cuídeme mucho a la Madre, que es una monja para poner en los altares al día siguiente de morir”.

En esta situación, deseó Nuestra Madre recibir la Unción de los enfermos con plena lucidez, sin esperarse a mayor gravedad. Como

no podía ni siquiera bajar a la capilla doméstica, se nos concedió licencia para celebrar la Eucaristía en la sala Capitular, que estaba contigua a su celda, donde pasaba largas horas y días acostada o sentada en una sencilla hamaca de madera y lona. Allí preparamos, pues, para celebrar con solemnidad esta fiesta de familia religiosa. El 25 de Junio de 1980, con mucha emoción, este Carmelo, en apretado “ñudo” con su Madre Priora, vivió intensamente su primera Unción de Enfermos según el nuevo ritual.

Con su bondad característica, nuestro confesor, Ilmo. Sr. D. José Antonio Berenguer Cerdá, actualmente Canónigo de Orihuela y ex-Rector del Seminario Menor de la Diócesis, celebró la Eucaristía y le administró a Nuestra Madre la Unción de enfermos y la comunión por Viático.

Gracias a Dios, con el tratamiento adecuado y reposo prescritos por el Dr. Lozano, Nuestra Madre mejoró y reanudó su vida normal, aunque periódicamente iba a revisión médica al Sanatorio.

En nuestra Madre María Isabel, el proceso de su cruz de enferma y de entrega oblativa al AMOR MISERICORDIOSO tuvo cuatro fechas de especial dolor y gravedad, que representan otros cuatro avances hacia la cumbre de su calvario: su total inmolación unida al sacrificio redentor de Jesucristo-Esposo sumamente amado.

Aunque su diagnóstico fundamental era muy complejo en cuanto a aparato respiratorio y corazón: insuficiencia respiratoria con intensa hipoxemia, insuficiencia ventricular, etc., etc.; la situación de nuestra querida enferma se complicó todavía más al sobrevenirle una hepatomegalia con punto doloroso biliar. Por lo cual nuestro médico de cabecera, Dr. D. Daniel Vicente Fuentes, que la asistió hasta el fin con la máxima dedicación, quiso fuese sometida a una intervención quirúrgica (Julio de 1985). No se pudo llegar a realizarla porque los dos cardiólogos que atendían a Nuestra Madre en el Sanatorio —Dr. D. Jesús Lozano Pérez y Dr. D. Vicente Martínez Lillo— dieron, unánimes, su opinión negativa en cuanto a la resistencia del corazón.

He aquí las fechas y Centros de salud en que fue ingresada nues-

tra Madre María Isabel, en las pruebas más dolorosas de su configuración con Jesús Crucificado:

— Sanatorio Nacional Cardiovascular: a finales de Febrero de 1984 (8 días).

— Clínica Vistahermosa: mediados de Julio de 1985 (14 días).

— Sanatorio Nacional Cardiovascular: mediados de Mayo de 1986 (7 días).

— Sanatorio Nacional Cardiovascular: primera quincena de Mayo de 1987 (9 días).

En los Centros de salud, por donde iba pasando nuestra Madre María Isabel, ha dejado una estela de santidad y de capacidad de acogida alegre y cariñosa. Ella, tan amiga de San Pablo, sabía hacerse toda para todos, y ganarlos para Cristo. Con su sencillez y humildad proverbiales acogía y cautivaba a cuantos se le aproximaban: médicos, religiosas Siervas de Jesús, religiosas Salesianas del Sagrado Corazón, enfermeras, personal sanitario; hasta estudiantes muy jóvenes, que acudían a hacer sus prácticas en dichos Centros. Aquella monjita de ojos azules y boca hecha de alegría y dulzura, les inspiraba tal confianza e irradiaba tanta paz, que no pocos le abrían sus almas y, en estos tiempos tan conflictivos y desorientadores, buscaban unas palabras de luz, de ánimo y orientación, de esperanza en sus complejos problemas, y siempre los dejaban confiados a su oración. Y, sí, ella los hacía suyos, se los presentaba al Señor, los introducía en el amor de Dios Padre rico en misericordia. Y el Señor la complacía siempre.

Pero, también algunas veces, se encontró con “casos” que sobrepasaban su extraordinaria capacidad de *remediar* y *solucionar*, entonces, no dudaba en remitir el asunto a algún sacerdote determinado, para que se tratase el asunto por vía sacramental..., mientras ella rezaba y suplicaba a Jesucristo Crucificado, desde su propia cruz.

De cuanto llevamos dicho, bien se puede colegir que Nuestra Madre era un alma de profunda oración contemplativa. Una gran cultivadora de nuestra Santa Regla, que nos prescribe estar “meditando día y noche en la ley del Señor, y velando en oración...”. Su vida fue: una disponibilidad total abierta siempre a la intimidad con Dios, y en favor de los hermanos.



*Foto tomada en el sanatorio cardiovascular de S. Vicente del Raspeig.  
"Desde su cruz de enferma, su sonrisa comunicaba paz, pronta acogida de la Voluntad de Dios".*

## “Tan entero como al principio”

Vivía así sumergida en el Amor Misericordioso de Dios, y ¡cómo penetró ella el misterio de la Misericordia infinita de su Señor! El Espíritu Santo la había iluminado, para que su vida fuese un verdadero testimonio de su apellido religioso. En este sentido, a Nuestra M. M.<sup>a</sup> Isabel le quedó profundamente grabado en el alma un “sueño” que, por la huella indeleble marcada en su espíritu, podríamos calificar de *místico*: en él la Misericordia divina se le representó como un gran fuego de resplandor desconocido y hermosísimo, de forma alargada; que se movía y avanzaba con segura y especial movilidad. La misteriosa hoguera la invitaba, además, a arrojar sobre sus llamadas abrasadoras cuantos pecados pudiese recoger Nuestra Madre sobre toda la tierra, a fin de que fuesen abrasados y consumidos por entero.

Madre M.<sup>a</sup> Isabel del Amor Misericordioso nos refería, con mucha gracia, que ella se buscó un capacito como de albañilería, y comenzó, con gran fervor, a recoger los pecados e inmundicias morales de todo el mundo. Algunos pecados le parecían horribles y en extremo repugnantes. Muchos de ellos la estremecían, aunque, curiosamente, le eran enteramente desconocidos (detalle que nos deja entrever mucho de la inocencia y candor de su alma). Infatigable, ella proseguía en su agotador trabajo de idas y venidas, trasladando toda la maldad del mundo, desde dentro de su capacito hasta el imponente fuego que la seguía por todas partes... La resplandeciente y bellísima hoguera en cuestión avanzaba y avanzaba, dejándolo *todo bello, blanquísimo, purificado*. La voz del fuego seguía clamando: “ECHA MÁS, ECHA MÁS”. Cuando hubo acabado con el último capacito de inmundicias, por fin, con gran fatiga y agotamiento, Nuestra Madre se dirigió al Fuego con estas palabras: “Señor, no quedan más”. Y he aquí, que recibió esta reveladora respuesta: “¿Ves?, mírame, estoy *tan entero* como al principio”. (Se le reveló así a Nuestra Madre la grandeza de un SER de misericordia plena, acabada, perfecta, infinita...).

Sin duda, el Espíritu Santo, a través de este misterioso sueño,



*"Echa más, echa más..."*



*Una de las jaculatorias preferidas de M. M.<sup>a</sup> Isabel era: "Amor Misericordioso, tened compasión de mí". Así se dirigía a esta imagen del Niño Jesús del que ella decía ser el Amor Misericordioso.*

concedió una muy especial gracia a M. M.<sup>a</sup> Isabel acerca de la infinitud y del poder de la Misericordia, capaz de consumir y transformar todo pecado en luz.

### En oración continua

Muy a menudo la vimos embebida en Dios, y le oíamos decir: “¡Oh, Amor! ¡Amor, Amor!...”.

Un día —nos cuenta una hermana—, durante su última enfermedad, fui a la enfermería a pedirle una licencia, y estaba en profunda oración. Cuando pudo advertir mi presencia, me dijo: “¡Ah!, hija mía, estaba sumida en pensamientos muy de Cielo”.

Todos los asuntos importantes los llevaba a la oración, y a menudo nos decía: “Esto lo he visto claro en la oración”.

En estos últimos años de su grave enfermedad hemos comprobado que Nuestra Madre pasaba las noches en oración, y que era tal este hábito que, aunque durmiese, permanecía en oración. Nos dice una de sus enfermeras: “Habitualmente dormía o estaba despierta con los brazos en cruz, mientras oraba sin interrupción. A mí me daba pena que, tan enfermita como estaba, pasase así las noches, y una vez me atreví a decirle: “Madre mía, no esté con los brazos en cruz, pues ya está constantemente clavada en ella”. Me respondió: “Hija mía, no te levantes y procura dormir, si no, me quitas la libertad”. Y, restando importancia a lo que hacía de oración y de mortificación, me dijo: “Es que así *descanso* mejor”.

Nuestra Madre tenía mucha conciencia de su filiación divina —nos sigue diciendo su enfermera—. Durante la noche repetía con frecuencia: “Amor, Amor”, y “Papá, Papá mío”. Yo un día le pregunté: “De noche, ¿a quién llama?, ¿a su papá?”. Y me dijo: “De mi papá me acuerdo mucho; pero yo llamo a mi Papá Dios”.

En la mañana del miércoles 28 de octubre, la Madre Subpriora le preguntó:

— ¿Cómo ha pasado la noche, Madre mía?

— Pues muy contenta, muy consolada.



*"Ntra. M. M.<sup>a</sup> Isabel contemplaba con tal profundidad la pasión de Ntro. Señor, que todo su ser participaba verdaderamente en los sufrimientos del Redentor. Esto le acontecía especialmente al contemplar esta teja, perteneciente a un Vía-Crucis pintado para sus 'Bodas de oro' de Profesión religiosa".*

— ¿Y eso? ¿Qué le pasaba?

— Toda la noche la he pasado saboreando el gozo de ser y de sentirme HIJA de mi Padre Dios e HIJA de la Iglesia.

— ¡Ah! es que su Padre Dios la ama mucho.

— ¡Mucho, muchísimo! Más de lo que se pueden figurar... Me ama... hasta con mimo.

Y se quedó sonriendo con el candor y dulzura de una niña. Le faltaban tres días para morir.

También la oración litúrgica entusiasmaba a nuestra Madre María Isabel. Su espíritu vibraba especialmente en la recitación de la Liturgia de las Horas. A menudo traía a la recreación la lectura del rezo del día, para comentarla en Comunidad. Decía que era “donde el alma se educa”.

Ya muy enferma, Nuestra Madre gozaba en extremo cuando podía asistir al rezo con la Comunidad, y en algunas solemnidades hasta oficiaba en Vísperas, aun a riesgo de aumentar su fatiga habitual.

A Nuestra Madre le afectaba muchísimo la ingratitud de los hombres para con su Redentor. Cuando se enteraba de algo en concreto contra el Señor, la Virgen, o contra el Papa, o contra la Iglesia o su Obispo... era suficiente para no poder dormir y pasar la noche en oración y súplicas... Una vez, que nos proyectaron la Pasión del Señor en diapositivas, sufrió tanto, fue tanto su dolor, que, no pudiendo sufrir su corazón el desamor de los hombres para con Dios, de noche se puso gravísima. Esto le aconteció varias veces, por circunstancias diversas.

Refiere una novicia: “El Viernes Santo de 1986, Nuestra Madre había sufrido un infarto en la madrugada, que, según el médico, pudo ser causado por su participación en los sufrimientos de Nuestro Señor, al contemplar su Pasión. Nos dijeron que estaba mal y que orásemos al Señor por su pronto restablecimiento. Estuvimos sin verla el viernes y el sábado. Por la noche, en la Vigilia Pascual, al bajar a comulgar la vi en el coro bajo, y tuve una inmensa alegría”.

“Al terminar la Vigilia vino a felicitarnos antes de retirarse a descansar, y me conmovió profundamente su aspecto. Se notaba que se encontraba muy mal. Yo me acerqué a darle un beso, y le dije:

‘Madre Nuestra, ¿cómo es que ha podido resistir la Vigilia, estando tan malita? Yo creía que no la veríamos esta noche’. Ella, con su sonrisa única, tan angelical, me contestó: Hija mía, es por el Papa. El Papa lo necesita”.

### Su amor, los sacerdotes

Nuestra Madre amaba con verdadero respeto y veneración a todos los sacerdotes, pues decía: “Son otros Cristos en la tierra”. Cuando se enteraba de algún fallo particular, lejos de hacer comentarios, se echaba la culpa a ella misma, y decía» “¿No será que a estos pobres sacerdotes les falta mi oración y mi sacrificio?”. Y obraba en consecuencia.

Después de fallecida Nuestra Madre, un sacerdote da el siguiente testimonio: “La Madre Isabel se ha ido al cielo a descansar, a gozar junto al Esposo y por toda la eternidad. Ella fue “la virgen fiel y prudente” del Evangelio, que esperó, con inmenso amor al Esposo, a que llegara y llamara a la puerta para presentarse ante El con prontitud, con inmensa generosidad e indecible amor... Esa espera la realizó a lo largo de toda su vida y, de manera particular, en estos últimos años, como víctima oblativa sobre el altar de su lecho, perfumado con el incienso de su entrega total, de su oración constante y de esa ejemplar aceptación de la voluntad de Dios, que le hacía mantenerse en ese “sí” sostenido en su consagración al Señor como ejemplarísima religiosa contemplativa: La primera santa de ese Carmelo de Orito ha ido al cielo ya, al lugar que el Señor le había preparado, y este hecho es muy significativo para cuantos la conocimos y, muy especialmente, para todas ustedes que convivieron con ella y, paso a paso, fueron testigos de su vida y de cómo se configuraba un alma santa. Como ingredientes a la vista, yo descubrí en ella, y en este orden, los siguientes: Alegría, paz, tremenda humildad, gran amor a sus religiosas, ejemplar actitud de escucha, recogimiento indicativo de una gran vivencia de vida interior y unión con el Señor, gran amor a la Iglesia e indecible cariño por los sa-

cerdotes. ¡Cuánto bien me hicieron mis visitas a Orito y mis entrevistas con ella!; les tengo que confesar que volvía a casa renovado y animado a seguir, con más fidelidad, al Señor... Esto lo he comentado muchas veces con los sacerdotes de esa zona, que también la conocían y trataban: también pensaban igual. Ella era una de esas almas, que Dios concede a la Iglesia para su mayor edificación; dichosa ella que tan a la perfección se dejó manejar por el Señor, y dichosos nosotros que la conocimos, y más dichosos si la sabemos imitar por cuanto ella con tanta fidelidad lo imitó, mejor, lo vivió y se identificó con Él”.

“En el trato con ella se le podían aplicar las palabras de San Pablo: ‘No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí’, y es que debió ser tan profunda la experiencia que de Dios tenía, que se le veía así identificada,... no era ella...”. (V. L.).

### Alma de su alma

Nuestra venerada Madre amaba con singular y tierno amor filial a nuestra Madre Santísima la Virgen María, y este amor la llevaba a confiar en Ella sin medida. Decía que a su Comunidad la cuidaba el Corazón Inmaculado de María, y que en ese refugio estaba segura.

Nuestra Madre Santísima era el alma del alma de nuestra Madre María Isabel, contaba con Ella para todo; decía: “Ella es la Priora, Ella la que cuida de la Comunidad, Ella la que resuelve todos mis problemas”.

“Y, efectivamente —nos refiere una hermana—: cuando tenía algún problema, y no fácil, me decía: ‘Llévame a la capilla, acércame bien al Sagrario’.<sup>1</sup> Al estar allí, daba unos golpecitos a la puerta del Sagrario, oraba un momentito, después tendía las manos a nuestra Madre Santísima del Carmen, pidiendo *limosnita*, como decía ella, y

---

<sup>1</sup> A causa de padecer insuficiencia cardíaca, Nuestra Madre estaba obligada a desplazarse de un lugar a otro en silla de ruedas.



*“Imagen de Nuestra Madre Santísima del Carmen,  
que se venera en la capilla doméstica del Monasterio del Espíritu Santo”.*

después, añadía: ‘Ven conmigo, Madre mía, pon en mi boca lo que tú quieras que diga’. A continuación, me decía: ‘Llévame al locutorio, que me están esperando’.

Al comienzo de los Capítulos conventuales, siempre invocaba a nuestra Madre Santísima, para que Ella hablara por su boca y nos dijese lo que teníamos que hacer para entregarnos más a Jesús.

También, al finalizar el Capítulo, cantábamos la consagración al Inmaculado Corazón de María.

Durante los últimos años de su vida, siempre tenía entre sus manos el rosario.

### **Filigrana de caridad**

Las que hemos convivido tan estrechamente unidas a nuestra Madre María Isabel, a lo largo de casi 25 años, hemos podido apre-

ciar que su vida, bajo apariencias bien sencillas, era un entretejido de virtudes practicadas en lo escondido con la mayor naturalidad: era naturalmente sobrenatural y sobrenaturalmente natural. Todas hemos sido testigos de que nuestra amada Madre fue un esplendor de todas las virtudes.

Era delicadísima en la caridad. Al servicio de esta virtud ponía todos sus valores y cualidades. En sus bromas y relatos de humor jamás ponía en evidencia o ridículo a nadie, aunque en alguna circunstancia hubiese de corregir.

Todas las virtudes que practicaba iban jalonadas por la caridad. Ella no vivía para sí, vivía para los demás. Hizo de todo su ser una entrega total a Dios, y por Él, al prójimo, por muy duras y recias que fuesen las pruebas. Por eso:

*“Las aguas torrenciales no podrán extinguir el amor, ni los ríos anegarlo”,*  
dice la esposa del *Cantar de los Cantares*.

En esa misma experiencia de vida, siempre en tensión amorosa y fiel hacia su Señor “sumamente amado”, se nos ofrece la historia de Nuestra venerada Madre M.<sup>a</sup> Isabel del Amor Misericordioso: es el amor que ella vive y expresa ahora en todos sus comportamientos naturales y espirituales. Y es ese amor, de una tal calidad y altura, que, en la Madre, nos parece contemplar al vivo el misterio mismo de la Iglesia peregrina llevado a la consumación en la caridad misma de su Dios y Señor. Ahora, sí, como un eco de siglos, resuena y resplandece en Nuestra Madre —con valoración de signo—, la voz de San Agustín: “... La Iglesia, en verdad, escucha y guarda estas palabras: *Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros*. No como se aman quienes viven en la corrupción de la carne, ni como se aman los hombres simplemente porque son hombres; sino como se quieren todos los que se tienen por dioses e hijos del Altísimo, y llegan a ser hermanos de su único Hijo, amándose unos a otros con aquel mismo amor con que él los amó, para conducirlos a todos a aquel fin que les satisfaga, donde su anhelo de bienes encuentre su saciedad. Porque no quedará ningún anhelo por saciar cuando Dios

lo sea todo en todos”. (San Agustín, tratado 65, 3 sobre el Evangelio de San Juan).

Así también nos parece verla a ella, a Nuestra Madre, en posesión gozosa de la perfecta caridad, de la meta permanentemente soñada y apetecida; ahora, alcanzada y ya colmada —en el esplendor mismo de la más pura ‘gratuidad’— por la íntima gracia personal del Espíritu. Seas, Madre, bendita del Señor por siempre.

*Sí, yo le he pedido a Jesús que me diera amar con el amor de caridad de su Corazón divino, y creo que me lo ha concedido.*

(M. María Isabel)

Nos decía: “Todo aquello que sea desfavorable, de cualquier persona, no tenemos por qué comentarlo; con eso no hacemos nada bueno, ni a la persona ni a nosotras mismas: llevémoslo a la oración y roguemos a Dios por ello”.

Nuestra Madre era una verdadera filigrana de caridad. Anteponía la práctica de esta virtud a todos sus intereses personales; más allá de sus graves enfermedades y fuertes dolores; de su tiempo y de sus quehaceres.

Nos advertía: “Si nos descuidamos, somos más fáciles en reparar en el polvo de las sandalias de nuestros hermanos, que en el brillo de sus ojos, que son destellos de Dios”.

“Cuando somos menos delicadas en la caridad con nuestros prójimos, herimos a Dios en la niña de sus ojos. ¿Os dais cuenta lo que duele una mínima herida en los ojos? Pues ved el dolor que causamos a Dios”.

—“Prefiero se me condene en el juicio por haber sido demasiado misericordiosa, y no por haberme faltado misericordia y amor para con mis prójimos”.

“Jesús nos eligió a cada una de un sitio y nos juntó aquí para que vivamos en el AMOR. ¡Hermanas, esforcémonos para que esto sea siempre una realidad! No nos cansemos de ser buenas”.

La caridad la impulsaba a ocultar o restar importancia a todo lo suyo, en especial sus padecimientos, y así evitaba que sus hermanos

Herminio y María Milagro, tan queridos, conociesen la realidad de sus enfermedades y situaciones de gravedad; no quería hacerlos sufrir.

### Las niñas de sus ojos

Lo que más amaba en el mundo eran sus hijas, y realmente nos lo demostraba a cada una. Había pedido al Señor la gracia de amarnos con el mismo amor de Dios: que el amor del Señor pasara a nosotras a través de su maternal corazón. Y Dios se lo había concedido, por eso su amor era tan puro, tan grande.

Nuestra Madre María Isabel se preocupaba y participaba de las cosas de cada una de sus hijas. Bien si sufrían, como si gozaban, las comprendía, y, solidaria con cada una, buscaba lo mejor. Si tenían algún problema, de la índole que fuere, buscaba se solucionase lo mejor posible; al menos ponía los medios que estaban a su alcance.

Su fiesta anual, en lugar de celebrarla en su cumpleaños, 28 de Diciembre, o en su onomástico, 5 de Noviembre, la trasladó al “Día de la Madre”, primer domingo de Mayo. Pero luego, al aumentarle tanto los hijos espirituales, la retrasó al 31 de Mayo, para que las visitas y llamadas telefónicas para felicitarla no obstaculizasen su fiesta doméstica.

Además, “inventó” una fiesta para sus hijas, el “Día de las Hijas”, y así como nosotras le ofrecíamos obsequios en su día, en el nuestro ella solita nos obsequiaba a cada una, y hasta amenizaba la recreación con improvisaciones festivas.

Lo que más la hacía sufrir era ver enferma a alguna de sus hijas. Parece no sosegaba cuando teníamos que salir a la consulta de algún médico. En sus últimos días el Señor la probó en esto, pues Hna. María Encarnación, ya muy mayor, se fracturó el fémur, el día 20 de Octubre. Hubo que internarla en la clínica y someterla a una recia intervención quirúrgica. ¡Cómo sufrió Nuestra Madre cuando se la llevaron! Era estremecedor verla llorar ante el Sagrario, diciendo a Jesús su pena; pero que aceptaba plenamente su volun-



*“«Amaos» y «sed uno»:  
volver a las fuentes  
del Evangelio...  
en esta Comunidad  
del Espíritu Santo”.*

*“Ntra. M. M.<sup>a</sup> Isabel ama-  
ba a sus hijas desde el amor  
de Jesús y de María. Aquí  
la vemos con la custodia que  
contiene la diminuta imagen  
de la Virgen de Orito, acom-  
pañada de un grupito de  
hermanas”.*



tad... Cuando regresaron a casa a nuestra enferma, el domingo 25 de Octubre, quiso Nuestra Madre se la condujese en su silla de ruedas hasta la puerta reglar, para recibir a su hija. Presentía con toda seguridad que se veían por última vez en esta tierra. Con intensa emoción le dirigió unas conmovedoras palabras de tierno amor y de ánimo, exhortando a nuestra hermana María Encarnación a seguir valiente en su generosa entrega al Señor. Cuando el joven camillero volvió a bajar a la puerta reglar, después de acomodar convenientemente a la enferma en su celda, había presenciado tan impresionantes manifestaciones de amor de caridad, que nos dijo conmovido hasta las lágrimas: “De buena gana me quedaría aquí para siempre”.

### **Su pobreza nos enriquece**

Nuestra Madre María Isabel vivía la pobreza de espíritu con toda la capacidad de su ser enamorado de Jesucristo virgen, obediente y pobre. Gustaba contemplarle en la cruz, en suma pobreza y desamparo, hasta llegar a la hondura del misterio de Jesús, “El cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza”. (2 Cor 8,9).

Así también Nuestra Madre, por amor de Jesús, siendo ella rica, se hizo pobre del Señor, para, con su pobreza, enriquecer generosamente a otros dentro del Cuerpo Místico de Cristo y del gozoso misterio de la Comunión de los Santos. Estas verdades de nuestra fe la entusiasmaban, pues para ella nada era más grande que el seguimiento de Jesucristo.

Ya hemos visto a Nuestra Madre en situaciones punta de su vida, que nos han dado su verdadera imagen y dimensión del “pobre de Yavé”. Creemos que esta es la clave de por qué le era tan fácil y como conatural la expresión de todos los aspectos prácticos de la pobreza, tal y como se entienden y viven en el Carmelo descalzo teresiano.

Respecto a la pobreza del uso de las cosas, nuestra Madre María Isabel era extremada: para su uso y servicio, todo le sobraba; para sí,

lo casi inservible. Las cosas de su uso las apuraba hasta el fin. Pero que a sus hijas, dentro del marco de nuestra pobreza, no nos faltase nada de lo necesario. Y cuando nos faltare, por no poder ser más, nos estimulaba a abrazarlo por amor a Cristo, para mejor imitarlo y seguirlo.

Siempre nos exhortaba a usar de las cosas mirando a la necesidad, prescindiendo de lo superfluo. Nos decía: “Todo lo que no sea necesario, tengamos mucho cuidado de no sobrepasarlo. Lo que yo malgaste, le puede faltar a un pobre, a mi hermana”. Por eso ella misma tenía tanto cuidado en todas las cosas menudas de la casa. Se sentía feliz siendo la pobre del Señor; de todo aquello que pudiese prescindir, aunque pareciese necesario, decía: “No, no, yo no lo necesito”.

Nos invitaba siempre a no pedir para nosotras o para nuestros oficios cualquier objeto que nos regalaban o se nos mostraba en recreación, fuese lo que fuese. Aun de estampas, rosarios, etc. ella se quedaba con lo menos atractivo, y hasta se desprendía fácilmente de ello, si entendía que le hacía gozo a alguna de sus hijas.

No consentía que, por falta de medios económicos, se malograra alguna vocación, si verdaderamente la candidata en cuestión reunía las cualidades requeridas para Carmelita Descalza. Esto miraba mucho. Para ello, no sólo procuró la creación de dotes disponibles, sino que estaba dispuesta a facilitar cualquier dificultad en lo concerniente al ajuar personal de la aspirante.

*“Mi pensar es éste: que siendo la vocación un llamamiento de Dios, jamás se la puede equiparar a las pesetas. De suerte, que a veces por falta de ellas se ha frustrado alguna vocación. Esto no quiero que ocurra jamás en Orito. La vocación o llamamiento de Dios vale tanto, que jamás se la nivelará a las pesetas. Si a nuestras puertas llamara una jovencita que no tuviera ni una peseta, pero llevase gran deseo de entregarse a Dios se le abrirían sin titubeos las puertas para que entrase, cosa que no haría jamás a una que, cargada de cosas materiales, estuviera con pocos deseos de una verdadera entrega. Ese es mi sentir y el de toda la Comunidad...”*

(Carta al P. espiritual de una aspirante)

## No soy la que pensáis

Pareja con su confianza filial, con el abandono en las manos de su Padre Dios, y con la pobreza corre la virtud de la humildad en nuestra Madre María Isabel. Ella tenía muy baja estima de sí, a pesar de sus indiscutibles cualidades naturales y la reciedumbre de sus virtudes y santidad de vida. “¡Qué engañadas estáis —nos decía—, yo no soy la que vosotras y otras personas pensáis, yo soy muy imperfecta; no os quiero engañar. Os lo digo, pero no me creéis. Así que yo quedo tranquila, porque os he dicho la verdad”.

También decía: “Yo sólo encuentro un camino que lleva a la felicidad suma en este destierro: ese camino es la HUMILDAD”.

Siempre quería ser la última, siempre dejaba la preferencia a las demás. Era muy agradecida. Cualquier detalle, cualquier cosa que le obsequiásemos o hiciésemos para ella, lo agradecía muchísimo, hacía grandes ponderaciones de los regalitos que le preparábamos para su fiesta. Por humildes e insignificantes que fuesen, se maravillaba ante cada uno de ellos, después de haber estado esperando ese día con verdadera ilusión. Esta capacidad de maravillarse —de ilusión y alegría en nuestra venerada Madre—, contribuía grandemente a hacernos felices, viéndola a ella tan feliz.

En su profunda humildad, Nuestra Madre no se aprovechó de su bondad y simpatía para grangearse amistades personales. Ella se consideraba la Madre de su Comunidad, y hacia su amada Comunidad dirigía el interés de cuantos se relacionaron con este Carmelo. Buena prueba de ello nos han dado todos nuestros amigos y bienhechores, aun después del fallecimiento de “la Madre María Isabel”.

Dice una de las hermanas: “En varias ocasiones, estando ya muy enferma, al ir a visitarla y preguntarle qué tal se encontraba, me daba su respuesta habitual de siempre: ‘Como una reina. Las hermanas se desviven por mí. Y tú, ¿cómo estás?’. Con esta naturalidad pasaba de pronto a interesarse por mis cosas, sin más comentario sobre su salud”.

A pesar de la nobleza y títulos de familia, nunca se vanaglorió de ello, sino todo lo contrario. Cuando se hacía alguna alusión a esto,

Nuestra Madre, con gran humildad, trataba de pasarlo por alto, para que nadie hiciera caso de ello, evitando siempre hablar de esta cuestión. Hasta para los asuntos civiles u oficiales no usaba los apellidos de su linaje, sino que firmaba simplemente: María Isabel Calatayud Benavent.

También en esto había asimilado el ejemplo de su propio padre.

### Huellas de su propia vivencia

De viva voz, o por escrito, Nuestra Madre nos participaba, en comentarios sabrosos, sus propias vivencias acerca de la vida consagrada. He aquí unas palabras suyas, como ejemplo: “Nuestro voto de castidad en seguimiento de Cristo nos debiera dar, entre otros muchos frutos, la sencillez: esa limpieza de mirada que en todo lo encuentra a Él. Santa Inés, momentos antes de padecer su martirio, cantaba: ‘Amo a Cristo, en cuyo tálamo entré. Cuando lo amare, seré más casta; cuando le tocare, seré más pura; cuando le recibiere, seré virgen’. Es muy cierto que la castidad, cuando entra en el alma, aumenta en nosotros la vida de fe, de convivencia fraterna, esa convivencia cristiana tan deseada y bendecida por Dios. La sencillez de alma, vida y corazón es un claro destello de Dios, que resbala a nuestra alma. Dios es el SER simplicísimo, y las almas que a El se llegan adquieren, por participación, algo de esta simplicidad. Si nos esforzamos por conseguir esta sencillez, propia de ‘los que se hacen como niños’, dejaremos en nuestro caminar sendas de luz para nuestros hermanos, que sentados a la vera del camino, desean ver a Dios. El alma virgen está entre Dios y los hombres: por ellos intercede; en nombre de ellos adora a Dios”. (Folleto: Puntos de Apoyo para un Ideal, págs. 8-9).

Y decía de la virginidad, que es un don que eternamente brillará como un lucero de gran magnitud; es Cristo virgen que se reflejará en nosotras. Escribía a una aspirante “Tú eres *para Él*, y nada más. La eternidad no será bastante para agradecer el don de la vocación y de la virginidad. Deberíamos tenernos un gran respeto a nosotras mismas, pues estamos consagradas”.

A nuestro pobre parecer, hay motivos para pensar que Nuestra Madre había llegado a tal grado de unión con Dios, que quizás había retornado a la inocencia original del Paraíso, consecuencia de su “transformación por semejanza de amor”. Muchas veces nos hablaba de que teníamos que volver a aquel estado, y se expresaba como quien vive ya esa experiencia maravillosa de unión con Dios.

Tal era la posesión que de sí había dado a Dios, y lo que de Dios irradiaba en sí, que se nos hacía ejemplo vivo aquello de N. P. San Juan de la Cruz: “... y así cada uno vive en el otro, y el uno es el otro y entrambos son uno por transformación de amor”. (C 12,7).

Su inocencia era de cielo. Tenía una clarividencia extraordinaria, infundida por el Espíritu Santo, a nuestro parecer. Por ello, nos infundía confianza y una especie de veneración santa y como santificadora.

### “Obedezcamos, y ya está”

Ya hemos hecho alusión a la veneración, docilidad y sumisión que nuestra querida Madre María Isabel tenía a sus Prioras. En el folleto citado más arriba, dice que, el voto de obediencia “en seguimiento del ‘Varón de dolores’, nos convierte en víctimas con Él, pues nos despoja de todo lo que es escoria en nuestra personalidad”.

Traemos ahora el precioso testimonio de una de sus enfermeras: “Nuestra Madre, en todo lo que podía ser, no hacía su voluntad, cedía al parecer de los demás, por secreto espíritu de obediencia. ‘¿Qué más da?’, decía. (Esto, se entiende, en casos que no dijeran relación directa a sus atribuciones de Priora). Así, con mucha delicadeza, solía decir: ‘¿Le parece bien que haga esto, le parece bien que haga lo otro?’. Por ejemplo, cuando se encontraba muy mal, decía a Madre Subpriora: ‘¿Le parece bien que no vaya a recreación y me acueste?’”.

“Para evitar mayores complicaciones en su delicado estado de enferma, se le había prescrito un sencillo ejercicio físico de las ex-

tremidades inferiores, que debía repetir con frecuencia —nos dice su enfermera—. Pues bien: cuando estaba levantada, me decía: “Vamos”. Y se cogía a los pies de la cama, levantaba un poco las piernas alternativamente, dos o tres veces, y con gran fatiga; terminaba diciendo con mucha gracia y alegría: “¡Ya he obedecido al Doctor!”.

“Nuestra Madre no tenía en cuenta sus conveniencias; pero sí, hasta el último momento de su vida, aun estando grave, estuvo pendiente de las necesidades de las Hermanas, y, cuando rara vez, tenía un olvido, sentía gran pena. De Nuestra Madre, en honor a la verdad, podemos decir que siempre y durante su grave enfermedad no tenía en cuenta sus intereses. Por ejemplo: si necesitaba agua caliente, me mandaba enterarme antes si alguna hermana la necesitaba... Para ella, primero eran siempre sus hijas, para todo”.

Las últimas semanas de la vida de nuestra querida Madre, los médicos encarecieron mucho que no hiciera esfuerzo alguno nuestra enferma —dice Madre Subpriora—. Por ello, se encargó fuesen siempre dos enfermeras para prestarle los servicios que necesitase y la ayudasen en todo. Nuestra Madre pasaba el día en su hamaca, y por su hábito de no dar trabajo a los demás, a pesar de sus enfermeras, procuraba valerse por sí misma. Una de las enfermeras comentó, que para qué habían de ir dos, y respondió Nuestra Madre con dulzura: ‘Yo puedo hacerlo sola. Pero dicen que es por mi bien... ¿Qué más da? ¡Obedezcamos, y ya está!’.

Nuestra Madre María Isabel vivió obedeciendo y murió, en la paz del Señor, obedeciendo.

Era sumamente dócil y obediente ante las indicaciones del superior y de los más pequeños, fácilmente se plegaba al gusto de los demás. En cosas menudas, siempre su inclinación estaba hecha de obediencia y alegría humilde.

Estos ejemplos nos llevan a descubrir con más claridad, que, nuestra amada Madre María Isabel era una mujer de fe profunda. En efecto, aunque tenía una clara inteligencia, cuando había de tomar una decisión importante, después de razonar y ver los pros y los contras, llevaba el asunto a la oración, y allí lo sometía a *criterios de fe*, y a ellos se atenía, costare lo que costare.

Para motivar y desarrollar nuestro espíritu de fe, nos repetía con frecuencia: que cada hermana nuestra era un pedazo de Cristo, y hasta llegaba a decir: “Si yo pudiese, pondría un sello, una imagen de Jesús en la frente de cada una, para que, al acercarse una hermana, viésemos que se nos acercaba Jesús”.

### Siempre con una sonrisa

En las recreaciones nos invitaba a estar alegres y comunicativas unas con otras, dejando libertad y lugar a todas para que pudieran solazar la tensión de espíritu que supone la guarda del silencio, en recogimiento de sentidos y oración constante a lo largo del día. Nos invitaba a contar anécdotas, cantar, sugerir temas para motivar diálogos amenos y de provecho para crecer en la vida espiritual.

Nuestra Madre, durante su vida religiosa ha sido muy alegre. Dios le había dado una gran simpatía. Nos hacía pasar unas recreaciones muy alegres; su risa era muy contagiosa, y todo lo que contaba era con mucha gracia.

Disfrutaba de ver a las hermanas alegres, y que la recreación les pareciese corta. Decía Nuestra Madre que eso era buen síntoma de salud mental. Cuando inventaba veladas y ella actuaba, sólo con verla ya nos hacía gozar.

A la par de la alegría, era también la mortificación. En Nuestra Madre admiramos la constante de sobreponerse a sus estados de enferma: aun estando muy delicada, acudía a la recreación, o comidas de fiesta por dar esa alegría a sus hijas.

Aunque se encontrase mal o con fuerte fatiga, siempre que íbamos a la enfermería nos recibía con una sonrisa, y quitaba importancia a su malestar, atendiendo plenamente nuestros asuntos. Un día, que tenía mucha asfixia y no podía casi hablar, nos decía a dos hermanas que fuimos a verla: “Perdonadme, hijas, que esté tan metida en mí y no os atienda”.

Por fatigada que estuviese, se mantenía en una postura correcta, y religiosa.

Aceptó siempre con la sonrisa en los labios su participación en la cruz de Cristo. No deteniéndose en lo mucho que le costaba tomar gran cantidad de medicamentos, lo celebraba bautizándolos con sobrenombres graciosos y calificativos de humor. Algunos medicamentos le producían náuseas; otros eran muy amargos. Nuestra Madre comentaba con ánimo generoso y esforzado: “Más amarguras pasó el Señor en la pasión y muerte, por salvarnos”.

Algunas noches, pasándolas muy mal por la asfixia o por fuertes dolores, decía con gemido: “Señor, ¿qué quieres de mí?”. Esto lo decía con mucha dulzura; se quedaba un momentito callada, y se ofrecía más intensamente: “Señor, todo lo que Tú quieras”.

La enfermedad no es tan sólo el sufrimiento físico, sino el que comporta de moral, que cuesta mucho más. Nuestra Madre resumía toda su situación, exclamando algunas veces: “¡Qué pobre es el enfermo!”. En este sentido, le ayudaba mucho para superar su sufrimiento, pensar, reflexionar en el Niño Jesús. Decía: “Aunque niño, es Dios, y se deja completamente en las manos de María, que, como a niño, se lo tiene que hacer todo, y su fin fue desnudo en la cruz”.

### Ya viene el alba, ya viene el DÍA

En la crisis de extrema gravedad que le ocasionó su afección hepática, cuando se la internó, como dijimos, en la Clínica Vistahermosa, la divina Providencia actuó prodigiosamente, de madrugada, a través del Dr. D. Vicente Martínez Lillo, por vez primera, para salvarle la vida en el momento que ésta parecía ya extinguida. Nuestra Madre, tan agradecida ella, mostró su gratitud en unas afectuosas relaciones con dicho Doctor: para ella, más que su médico era como hijo y padre a la vez. Desde entonces se establecieron profundos vínculos de amistad entre el Doctor, su familia y nuestra querida Madre. Ahora, estas relaciones persisten respecto de nuestra Comunidad.

Así también, el tan estimado Doctor D. Jesús Lozano Pérez, cuidó solícitamente de la salud de Nuestra Madre, desde el año 1980, siendo fidelísimo al encargo que desde, años atrás, le hiciera Su

Excelencia el Sr. Obispo. También con este Doctor, la Comunidad tiene especial relación de amistad y gratitud.

Aun con tan solícitos cuidados, la enfermedad de Nuestra Madre, que era progresiva, iba minando poco a poco el organismo de nuestra amadísima enferma. Cada vez, se acortaban más los períodos de mejoría y recuperación. En realidad, lo que ha vivido desde febrero de 1984, lo consideramos un amoroso regalo del Señor, en atención a este su joven Carmelo del Espíritu Santo.

Por su extraordinaria clarividencia, infundida por el Espíritu Santo, por sus indiscutibles y relevantes dotes de inteligencia y corazón, nuestra amadísima Madre María Isabel, no obstante lo delicado de su salud, siguió siendo la MADRE y el ALMA de la Comunidad con su caridad universal y perenne alegría: para sus hijas y para cuantos la conocían. Mientras pudo, presidió todos los actos de Comunidad, escribió personalmente cartas y acudió al locutorio.

### **¡Prolongar la vida de la MADRE!**

Pero cuando nuestra venerada Madre se agravó nuevamente, el 3 de Septiembre de 1987, nuestro médico de cabecera, D. Daniel Vicente Fuentes, ya no intentó sacarla de su amada clausura; nos dijo que: “ya no había nada que hacer”. Se pondrían todos los medios para prolongar su vida todo lo posible, dentro de su Carmelo, entre sus hijas. Porque ella misma ha pedido a sus médicos que la dejen morir rodeada de sus hijas.

Esa misma tarde se le administró la Unción de enfermos. El Ilmo. Sr. D. José Antonio Berenguer, confesor de la Comunidad, le dio también la comunión por Viático. Toda la Comunidad rodeábamos, conmovidas, la cama de nuestra enferma, y, llenas de paz —con lágrimas— respondíamos a las oraciones de estos sacramentos.

Médicos, analistas, practicantes entraron en juego, juntamente con la Farmacia, en un esfuerzo mancomunado extraordinario para prolongar la vida de La MADRE.

Y los ejemplarísimos Religiosos Capuchinos, en el ámbito espi-

ritual, sobresalieron con su proverbial caridad y solicitud, fuere la hora que fuere, proporcionando a nuestra enferma todos los auxilios y consuelos espirituales y sacramentales a que les impulsó su gran caridad fraterna.

Se logró una prórroga de vida, con el favor de Dios, de casi dos meses. La gravedad tenía sus altibajos, pero sin franca recuperación. Las ligeras mejorías, puro efecto de la medicación, nos consolaban, y nos ilusionábamos con la idea de que aún se prolongaría tan preciosa vida. ¡Era tan sólo una ilusión! Ya apenas tomaba alimento y tendía a aletargarse, cosa contra la que los médicos nos habían alertado, porque peligraba no despertar, en cualquier momento. Nos turnábamos durante el día para hablarle y mantenerla despierta. Ella aún bromeaba ante esta impertinente actitud nuestra, y pedía con mucha gracia la dejásemos dormir.

Se le administró por última vez la Unción de Enfermos, por manos del Rvdo. P. Jesualdo Ferrero, O.F.M.cap.

### “Os sigo amando”

No se puede ponderar con palabras el respeto, cariño, dedicación y servicialidad de la Fraternidad de Capuchinos para con estas pobres Descalzas, que si bien es cierto ha sido así desde el principio, la última enfermedad de nuestra Madre María Isabel y de Hna. María Encarnación (fallecida el día 22 de Febrero de 1988), lo han puesto más de relieve. Rector del Santuario de Nuestra Señora de Orito y de San Pascual era entonces el Rvdo. P. Jesualdo Ferrero, P. Guardián, a su vez, de su Fraternidad; con el Rvdo. P. Manuel María Saura y Hnos. Fr. Ignacio de Cocentina y Fr. Marcelino Trigueros, se completaba la Comunidad. El hecho de haber dos sacerdotes, había posibilitado que, por ofrecimiento y finísima caridad de ellos, celebrasen los días laborables una segunda misa a las 12 del mediodía, para que nuestra Madre María Isabel y Hna. María Encarnación participasen en la Eucaristía, en el Coro bajo, a una hora más apropiada a su condición de enfermas.

*Nos había estado hablando Nuestra Madre de lo mucho que nos amaba a nosotras sus hijas, y dijo: “Cuando yo me muera, ponedme en la sepultura: ‘OS SIGO AMANDO’. Después, dirigiéndose a mí, añadió: Madre Subpriora, Ud., con su dedito, escribirá en el yeso blando: Os sigo amando”. (Y así se cumplió).*

*La misma semana de su muerte, predijo con toda seguridad el día y las circunstancias concretas que rodearían su muerte y su entierro. Todo lo vimos cumplido con exactitud. Me declaró que ella ya lo había ‘visto’ anticipadamente.*

(Testimonio de M. E.)

### **Dolor de muerte, amor de vida**

“No estéis tristes; la Virgen no quiere que estéis tristes porque yo me voy al cielo. Estad alegres” —nos había dicho en uno de sus últimos días—.

Se hizo saber al Sr. Obispo la suma gravedad del estado de nuestra Madre María Isabel, y en la tarde del martes, 27 de Octubre, vino a darle su postrera bendición y absolución de Padre y Pastor. A pesar de sus largos ratos de inconsciencia, ante la presencia del Sr. Obispo, reaccionó prodigiosamente, y le pudo hablar a Su Excelencia con indecible alegría y con plena lucidez. También ahora, atenta a los intereses ajenos, y no a los suyos propios. Después de haber hablado a solas, el Sr. Obispo reunió a toda la Comunidad alrededor de La MADRE. Ésta, posando su mirada de cielo sobre cada una de sus hijas, decía algo de ella al Sr. Obispo.

Estos momentos fueron para todas nosotras de una estremecedora impresión. Antes de retirarse, Su Excelencia nos dio la bendición y todas besamos su anillo pastoral. Poco después, Nuestra Madre volvía a su estado de letargo.

Con lo que ella amaba y reverenciaba a su Obispo, le fue de mucho consuelo su presencia en esta hora suprema. Siempre obediente y dócil a la voz de su Prelado, necesitaba ahora su palabra para

emprender el vuelo. Coronó su vida con un acto de obediencia: ¡Qué alegría tan grande tenía, porque el Señor le concedió la ocasión de poder pedir al Sr. Obispo permiso para morir! Se le preguntó al respecto, y respondió con toda sencillez: “Pedí permiso al Sr. Obispo para morirme, y él me contestó: “Madre, yo no quiero que se muera; pero si el Señor la llama, porque ha llegado su hora, el permiso de su Obispo ya lo tiene”.

Al día siguiente, miércoles 28, nos reunimos todas en torno a la Madre amada y le cantamos “Ciudadanos del cielo” (Deiss), y el popular “al cielo, al cielo, sí, un día a verla iré”. Y ella, abriendo los ojos llenos de un azul celestial, dijo: “Sí, al cielo, que es mi patria, a ver a María, mi Madre. ¡A mi Padre Dios! Estoy contenta porque me voy al cielo”.

Aquella noche del 28 de octubre vino el Rvdo. P. Luis María Mendizábal, S. I., a quien Nuestra Madre había hecho llamar. Ya parecía imposible hacerla salir de su letargo; pero, como una gracia del Sagrado Corazón de Jesús, de pronto, Nuestra Madre abrió los ojos y pudo hablar con el Padre y descansar su alma, con toda lucidez.

Una vez se hubo marchado dicho Padre, aprovecharon las enfermeras para hacerle tomar un “yoghourt”, y se avisó a la Comunidad para que pudiésemos gozar de aquellos momentos.

En su lecho de muerte, le había preguntado un sacerdote: “Madre, díganos algo del cielo. ¿Qué es el cielo?”. Ella se recogió un instante, y luego, con sonrisa y ojos radiantes —sus ojos tan azules, que tenían entonces destellos de luz celestial—, con profundo conocimiento de lo que decía, respondió: “El Cielo es el CENTRO del AMOR”. (pausa) “El Cielo es el LUGAR donde SIEMPRE SE AMA”. (pausa) “Y ya no me queda más que decir”.

El sacerdote comentó: “A la hora suprema, es esto lo único que tiene valor; lo demás carece de importancia”.

Nuestra Madre nos había expresado lo profundo de su experiencia de DIOS-AMOR —el CENTRO del Amor—, junto al quehacer eterno de los redimidos. En el lugar donde SIEMPRE SE AMA. Todo un tratado de Teología infusa.



*“El cielo es el CENTRO DEL AMOR”.*

Como sabíamos era ésta la postrera despedida, y teniéndola por santa dicho sacerdote, se atrevió a decir humildemente: “Madre, denos su bendición antes de irse al cielo”.

Nuestra Madre, con una simplicidad y obediencia impresionantes, levantó su mano derecha y trazó la señal de la cruz con toda unción, diciendo: “Os bendiga Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo”.

Luego, sonriendo como quien ha obedecido, pero quiere hacer la debida distinción, añadió: “Ahora, bendígame Ud., como sacerdote que es”.

El jueves, 29 de Octubre, aún habló un poco por la mañana. Después quedó inconsciente, a causa de habersele aumentado una hemorragia cerebral iniciada el día anterior. A las dos de la tarde, aproximadamente, entró en clausura el Rvdo. Sr. D. Felipe Martínez López, tan vinculado espiritualmente a Nuestra Madre y a esta Comunidad, para hacerle la recomendación del alma.

Esa misma noche acudió el Dr. D. Vicente Martínez Lillo, acom-

pañado por Sor Asunta, religiosa del Sanatorio Nacional Cardiovascular. Se procuraría una última tentativa para hacer reaccionar a nuestra venerada Madre. No hubo resultados positivos. Entonces, D. Vicente dijo a la M. Subpriora hiciese venir a toda la Comunidad, porque a La MADRE le quedaba muy poco tiempo de vida. Muy emocionado, dijo a Sor Asunta: “Vámonos, yo no puedo presenciar esto...”.

La inyección no la habían podido poner en vena, sino intramuscular. Con todo, algo más tarde hizo algún efecto, y nuestra enferma empezó a moverse.

Dado lo excepcional del caso y la gravedad de nuestra venerada enferma, la Comunidad organizó el rezo coral en la enfermería, próxima al Santuario. Por celebrarse el día 30 la Dedicación de la iglesia del Santuario de Nuestra Señora de Orito y de San Pascual, el oficio era de Solemnidad, rezo de particular devoción para Nuestra Madre.

Resultaba conmovedor orar así ante un templo vivo, habitación de la Santísima Trinidad. Y nos puntualiza más la Madre M.<sup>a</sup> Elena de Cristo: *“Luego, la Comunidad veló la agonía de su Madre toda la noche. Por la mañana quedaron dos hermanas junto al lecho durante la Misa conventual.*

*La noche del viernes 30, se repitió la vela: nadie quería perderse aquellos momentos preciosos y solemnes. Cesó de moverse. La respiración perdía fuerza... Llegó la hora de la Misa conventual —8’30 a.m.—, y nos fuimos, dejando a dos hermanas con recomendación de avisarme si ocurría algo nuevo.*

*En efecto, acabando el Padrenuestro, llegó una de las hermanas a llamarme. Ya junto a Nuestra Madre, comencé a repetirle, una vez más, su jaculatoria preferida: “Amor Misericordioso, tened compasión de mí”. Todavía entreabrió los labios y movió la lengua levemente, como queriendo repetir... casi sonriendo. Y... dejó de respirar. Sin más gestos de dolor o sufrimiento.*

*La Eucaristía había terminado, y la Comunidad tuvo allí, junto a su MADRE muerta, el SIGNO de la presencia de Jesús Resucitado: en aquel momento, las hermanas eran Sagrarios vivos de Jesús-Eucaristía.*

*Era sábado. Nuestra Madre Santísima, Reina y Hermosura del Carmelo, se*

*llevó a su amante hija. Eran las 8'52 de la mañana del 31 de Octubre. Año Mariano de 1987".*

En los últimos momentos había entrado el Rvdo. P. Jesualdo Ferrero, para rezarle las últimas oraciones e impartirle la Bendición apostólica.

A media mañana el Rvdo. P. Jesualdo Ferrero y el Rvdo. Sr. D. José Ruiz Costa concelebraron la primera Misa en sufragio de Nuestra Madre, y ante sus restos mortales. En la homilía, el P. Jesualdo ponderó la unión de Nuestra Madre con Jesús Crucificado, y, con mucha verdad, dijo: "A la Madre sólo la han podido bajar de la cruz, como a Jesús: después de morir".

Por la tarde, nuevamente se celebró la Eucaristía, por el Rvdo. Sr. D. Felipe Martínez, pues a éste le era imposible venir al día siguiente. Teníamos colocado el féretro en la Capilla doméstica. A través de la reja, pudimos darnos cuenta de la emoción que embargaba a este sacerdote y amigo entrañable. Esta Eucaristía, dentro y fuera, se resolvió en lágrimas de orfandad, aunque nos consolaba el creer inmensamente feliz, en el cielo, a nuestra venerada Madre.

El mismo sábado, 31 de octubre, por la tarde, entraba en clausura nuestro Sr. Obispo, acompañado del Sr. Vicario General de la Diócesis, Ilmo. Ldo. D. Modesto Díez Zudaire, para orar ante los restos mortales de nuestra querida Madre María Isabel, que todavía estaban en nuestra Capilla doméstica.

Fue un momento muy emotivo y de mucha intimidad. Tras orar largo rato en silencio, acompañado de la Comunidad, Su Excelencia nos dirigió unas confortadoras palabras de Padre: "¡Quién me iba a decir a mí que el Señor me haría este regalo, hoy, día de mi cumpleaños! Ella, desde el cielo intercederá por mí. Así lo teníamos pactado: el que se muera antes, pedirá por el que se quede en la tierra".

El rostro de nuestro Sr. Obispo reflejaba una gran paz y consolación interior mientras contemplaba, con admiración y cariño, el rostro y las manos de Nuestra Madre.

Nos declaró que, después de su madre, era ella la persona que más lo había querido.

## Y ahora, ¿qué?

En cuanto a nosotras, que no nos preguntásemos: “Y ahora, ¿qué?, ¿qué va a pasar? —¡es tan difícil llenar el vacío de una Madre, tan MADRE!...” — ¡No va a pasar nada, porque su espíritu está con ustedes!

Deberíamos tener presentes estos tres pensamientos:

- Lo que Dios la amaba.
- Lo que ella ha correspondido a ese amor: cómo se ha sabido entregar del todo al Señor.
- Cómo está gozando Cristo de tenerla a su lado y, ella, de estar con Él. Que ahora nos ayuda y asiste más que cuando vivía entre nosotros. Ahora cada uno debemos ser como ella; trabajar, para llegar a serlo.

Desde Valencia se había desplazado D. Herminio (único hermano que quedaba de nuestra Madre María Isabel), con su esposa, para asistir a la Misa de “corpore insepulto”. El Sr. Obispo, en atención a la edad de D. Herminio y a su delicado estado de salud, le concedió el especial privilegio de que pudiese entrar más tarde a la Capilla doméstica, para contemplar de cerca los restos de su santa hermana, y también para el momento del enterramiento, acompañado de su esposa D.<sup>a</sup> Rosario.

En efecto, una vez se despidió el Sr. Obispo, se les permitió la entrada en clausura, para ofrecerles ese consuelo.

Era conmovedor contemplar a D. Herminio llorando junto al cadáver de su hermana, a quien siempre había amado con indecible admiración y ternura.

Antes de exponer los restos de Nuestra Madre en el Coro bajo de la iglesia, la Comunidad aún le rindió un último homenaje comunitario: el solemne canto de las I Vísperas de Todos los Santos. ¡Qué Vísperas aquéllas, con regusto de cielo!

Seguidamente se condujo el féretro al Coro bajo, donde quedaron los preciosos despojos expuestos a la veneración admirada de los numerosos amigos, familiares, bienhechores de la Comunidad y demás fieles.

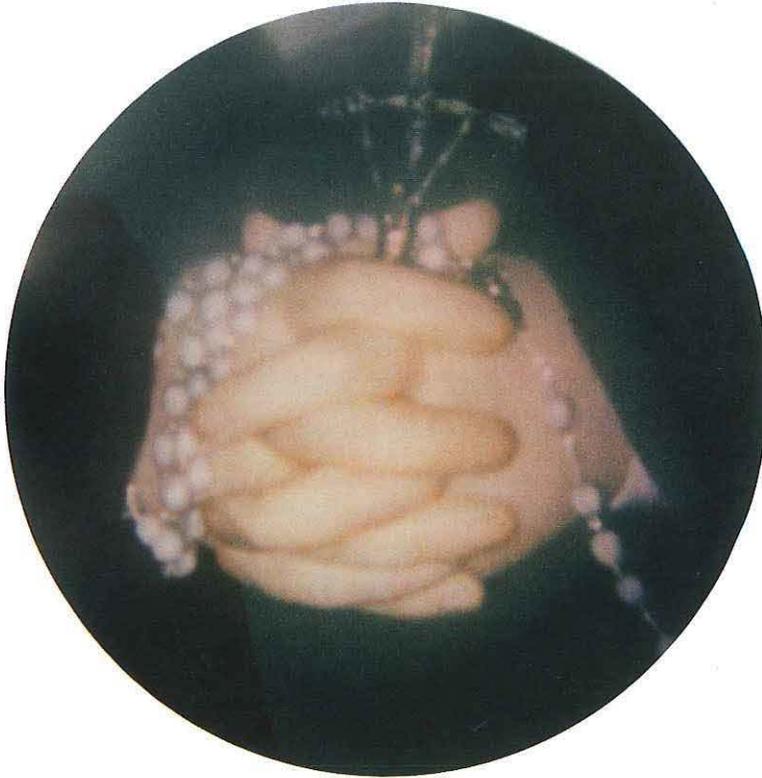
## Hontanar de luz

Los médicos nos habían advertido que, a causa de tanta medicación durante años, La MADRE quedaría muy desfigurada. No obstante, después de amortajada, recuperó su aspecto normal, y hasta su rostro volvió a adquirir el color sonrosado habitual. Pero nos llamó poderosamente la atención, sobre todo, un fenómeno inexplicable: sus manos. De amoratadas como habían estado, y ennegrecidas sus uñas, se transformaron completamente, tomando un color blanco bellísimo y totalmente limpio: como ónix traslúcido; parecía tenían luz propia y que la irradiaban desde dentro. Eran unas manos como glorificadas y transfiguradas. Este fenómeno lo presenciamos no sólo nosotras, sus hijas, sino que también llenó de expectación a la gran multitud de personas que pasaron ante los restos mortales de nuestra venerada Madre, suplicando tocar a sus manos objetos religiosos: rosarios, crucifijos, estampas, medallas, escapularios, etc., así como alianzas matrimoniales, y hasta llaves de coche, como suplicando intercesión... Las manos no perdieron su flexibilidad.

La admiración y el asombro de las gentes se traducían en exclamaciones como éstas: ¡Pero qué manos!... —Mira, ¿qué tienen esas manos? —¡¡Qué manos!!...

Tal fue lo inusitado del acontecimiento, que algunas personas se acercaron al torno o al locutorio para preguntarnos qué le habíamos puesto o “untado” a las manos de La MADRE para que fuesen “luminosas”. También recibimos llamadas telefónicas de personas que no salían de su asombro “después de haber contemplado las manos de La Madre”, y preguntaban con qué las habíamos *preparado*. Les parecía increíble.

Para todos fue clara la respuesta: la preparación de esas manos se había realizado a lo largo de toda una vida de santidad. Creemos que la mejor respuesta del hecho, la dio el salmo mismo de la Misa del entierro: “¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? —El hombre de manos inocentes y puro corazón”. Dios quiso dejar patente la inocencia y pureza de cora-



*“La luz que desprendían sus manos, signo de la inocencia y pureza de su alma”.*

zón de su amada esposa María Isabel del Amor Misericordioso, que había subido en el cielo a la cumbre del Monte Carmelo.

### **Magnificat**

La Misa de “corpore insepulto” fue a las 5 de la tarde del día 1 de Noviembre, cantada magistralmente por la querida Coral Monfortina. Significativamente se cantó con “Gloria” en atención a la Solemnidad de Todos los Santos y al imponente acto de enterramiento que se estaba realizando, signo sensible de las grandes virtudes y merecimientos de Nuestra Madre.

Presidió la concelebración el Rvdo. Sr. D. Francisco Berbegal, Cura Párroco de Monforte del Cid, y concelebraron con él los Rvdos. Pa-

dres Fr. Jesualdo Ferrero y Fr. Manuel María Saura, O.F.M.cap., acompañados de numerosos sacerdotes e Hijos espirituales de nuestra Madre María Isabel. Queremos agradecerles su presencia y oraciones.

D. Francisco Berbegal, en la homilía, sintetizó la santidad y virtudes de nuestra venerada Madre, diciendo: “Fue una mujer muy cristiana y muy humana”.

El Rvdo. P. Jesualdo Ferrero, Rector de este Santuario, en nombre de nuestra Comunidad, dirigió unas palabras de agradecimiento a los médicos, que se hallaban presentes; a los analistas y a la Farmacia de Monforte del Cid, y demás personas que tan directamente tomaron parte, sobre todo en los últimos meses, en favor de la salud de nuestra bienamada Madre. Tuvo también palabras de gratitud para todos los asistentes.

Concluída la Misa, entraron en clausura: el Rvdo. P. Jesualdo Ferrero y Fr. Marcelino Trigueros, D. Herminio y su esposa D.<sup>a</sup> Rosario Bolinches, los hermanos López Ortega, tan vinculados a esta Comunidad, para la conducción del cadáver.

Muy emocionada, la M. Subpriora cubrió con el velo el rostro de tan querida MADRE. Y se trasladaron procesionalmente aquellos preciosos restos hasta el cementerio conventual, situado en nuestra huerta.

Mientras los últimos preparativos del nicho, el Rvdo. P. Jesualdo rezó un responso. D. Herminio contemplaba por última vez, y de cerca, los despojos de su hermana, tan entrañablemente amada, pues había ejercido sobre él una solícita maternidad espiritual. La escena era por demás conmovedora. Se echaba de ver la orfandad de aquel generoso corazón. Gracias a Dios, D. Herminio era un caballero muy cristiano, y había aceptado plenamente la voluntad divina, aunque sintiera muy vivamente la ausencia de su hermana-madre.

Espontáneamente, la Comunidad quiso poner fin a aquella inolvidable y preciosa jornada —tan rica en mensaje pascual— con el canto del Magníficat Solemne a Nuestra Señora, Reina y Hermosura del Carmelo, para despedirse de su amada y venerada MADRE.

Una vez tapiado el nicho, sobre el yeso blando, la Madre Subpriora dio cumplimiento al sagrado encargo, y escribió: “OS SIGO AMANDO”.



*“Cementerio conventual de Orito.  
A la derecha se aprecia el nicho donde fueron colocados los restos mortales de Ntra. M. M.<sup>a</sup> Isabel”.*

Al explicar el sentido de aquel hecho a los asistentes, se conmovieron mucho.

Caía la tarde. Salieron de clausura las personas que habían entrado para este solemne momento, y nos quedamos solas, saboreando la presencia espiritual de La MADRE y las hondas emociones de los últimos días.

Oportunamente habíamos avisado a nuestra Curia Provincial de Valencia la gravedad y fallecimiento de Nuestra Madre Priora, para informar a Nuestro Padre Provincial, Rvdo. P. Pedro Cárceles de Santa María, O.C.D., que se hallaba ausente de Valencia. Más tarde, nos habló él mismo por teléfono, para expresar más fraternalmente su cercanía sensible y expresarnos su condolencia, de viva voz. Debido a que estaba dando Ejercicios espirituales lejos de aquí, no le fue posible desplazarse.

La afluencia de gentes de todas partes fue tal, tanta la aglomeración, que era mayor el número de personas que había fuera del templo que el de su interior, y éste, estaba abarrotado. El mismo



*“Aquí, en el cementerio del Monasterio del Espíritu Santo, en Elche, reposan los restos mortales de la Madre María Isabel del Amor Misericordioso, en espera del gozo de la resurrección”.*

Rvdo. P. Provincial de los Capuchinos, Fr. Pedro Hernández, no pudo llegar hasta el Santuario, cuando intentó acercarse para concelebrar la Eucaristía. Tal cantidad de coches impedían el acceso a la plazuela frente al convento.

### “Vivo en el Señor, que me quiso para sí”

Como al Sr. Obispo le había sido totalmente imposible presidir la Misa Solemne y enterramiento, al día siguiente, 2 de Noviembre, vino a celebrar el Funeral, a las 11 de la mañana. A pesar de estar muy ocupados, fueron también varios los sacerdotes que concelebraron con Su Excia. Rvdma. Mons. Dr. D. Pablo Barrachina y Estevan, a quien acompañaba el Sr. Arcipreste de Novelda, Rvdo. D. Antonio Cerdán Pastor. La Misa fue cantada por la Comunidad, a pesar de la intensa emoción que nos embargaba. ¡Cómo debía gozarse allá en el cielo nuestra Madre María Isabel en aquellos momentos! ¡Ella, que guardó siempre una inmarcesible gratitud hacia su Obispo!

Se leyó en la segunda lectura de la Misa (1 Cor 15-55): “La muerte ha sido absorbida en la victoria”. Sí, más que un funeral, aquello era una fiesta al AMOR. Un canto al AMOR. Al amor de Dios, que transforma en Sí a la criatura que se le entrega totalmente.

El Sr. Obispo daba comienzo a su homilía, con estas palabras de Nuestra Madre Santa Teresa: “Vivo ya fuera de mí / después que muero de amor, / porque vivo en el Señor / que me quiso para Sí”.

Aplicó estas palabras a nuestra Madre María Isabel, y afirmó que, la biografía de La MADRE únicamente cabe en las Séptimas Moradas, cuyas características, son: olvido de sí y completo desasimiento de todo lo que no es Dios.

Entresacamos algunas frases de la homilía:

- En la visita que le hice en vísperas de su muerte, sonreía a su Obispo. ¡No sé quién me amaba más que ella! (...) Hablaba, hablaba lúcida completamente. Y yo la escuchaba...

- (...) Hubo un momento en que parecía dormir... Yo la contemplaba como se contempla a un santo. (...)

• Yo entonces, siendo su Padre, también me consideraba su hijo...  
Le di la absolución. (...)

• (Alusión al permiso para morir): ¡Eso es obediencia! Así que, ¿dónde va a estar la Madre María Isabel?, ¡si no puede estar más que en el Cielo! (...)

• (Alusión a lo que nos dijo en la Capilla): (...)

• En un momento dado de la homilía, comentando el Evangelio del día, se expresó bellamente aplicando a Nuestra Madre las Bienaventuranzas, como consecuencia de la obra del Espíritu Santo en las almas santas.

• Señor, quiero ser como ella.

• Señor, llévame como a ella.

• El Señor se la ha llevado SANTA en el mejor momento.

Finalizada la Misa de funeral, quiso el Sr. Obispo entrar, con el Sr. Arcipreste de Novelda, a orar ante la tumba de Nuestra Madre. El “Os sigo amando”, escrito sobre el yeso, se extendía, sin duda, también ahora, a ellos dos.

Después, Su Excelencia nos reunió a la Comunidad en la misma celda de la enfermería, donde había fallecido La MADRE. Nos dirigió unas palabras de consuelo, animándonos a seguir el ejemplo de vida tan santa, llenas nosotras de paz y santa alegría. Dejó por Presidenta de la Comunidad a Madre Subpriora (Primera Consejera), M.<sup>a</sup> Elena de Cristo.

De gran consuelo, además, y gozo en esta pérdida de nuestra Madre María Isabel, nos ha sido la hermosa carta que nos dirigió Nuestro Padre General, Rvdmo. P. Fr. Felipe Sáinz de Baranda, O.C.D., al conocer la noticia de su fallecimiento. He aquí algunos de sus párrafos, tan consoladores:

“...Verdaderamente el Amor del Señor hizo su obra de santidad en esta buena Carmelita, que hoy ya goza del Señor, como lo esperamos, de su Misericordia infinita, y por lo mismo se ha convertido ya en una intercesora más, en primer lugar, para su propia Comunidad, para vosotras que la conocisteis y gozasteis de su virtud, y luego para toda la Orden y para toda la Iglesia”.

“Almas como ésta son las que necesita la Iglesia y la Orden. Ojalá su ejemplo nos ayude a caminar por los caminos del amor a Dios y al prójimo”.

“Que su vida quede, pues, como una invitación clara y definitiva para todas las Carmelitas de Orito”.

“No digo que les envió mi saludo de condolencia, sino, por el contrario, mi deseo de poder participar de la alegría pascual de la Comunidad, sabiendo que la M. María Isabel, como su homónima, la Beata Isabel de la Trinidad, ya alcanzó “la vida, la luz y el amor”. Que ellas desde el cielo intercedan por nosotros y por toda la Orden”.

### **Sus devociones**

En cuanto al aspecto amoroso-devocional de nuestra Madre María Isabel del Amor Misericordioso, ya quedó bien patente que ella vivía inmersa en el misterio del Cristo total. Y siempre hallaba su refugio y fortaleza en la Santa Eucaristía. También en su Ángel de la Guarda.

En una u otra forma, ya hemos hablado de su inmenso amor al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo y a Nuestra Señora la Virgen María, “doblemente MADRE SUYA” desde la infancia.

Fue nuestra Madre María Isabel muy devota de nuestro Padre y señor San José. Gustaba confiarle las necesidades espirituales y materiales de la Comunidad y de nuestras familias. Hasta le escribía papelitos con encomiendas, y los depositaba en un zurrón que portaba una de las imágenes que del Santo tenemos.

La devoción que profesaba a Nuestros Santos Padres Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, la traducía en conocimiento y asimilación práctica de su doctrina. Y esto mismo nos recomendaba siempre.

Devotísima de Santa Teresita, en quien veía plasmado su ideal evangélico. Tenía una particular devoción a San Francisco de Asís y a San Francisco de Sales. Los Santos y Beatos de nuestra Orden. ¡Con

qué entusiasmo vivió la Beatificación de nuestras hermanas Mártires de Guadalajara!, etc.

A San Miguel ha tenido una especial predilección, por haberle tomado desde un principio como Patrono y defensor de su fundación de Orito.

### Nuestra intercesora

Confiamos haber satisfecho el justo deseo de tantas y tantas personas que, cariñosamente, nos han insistido para que les demos a conocer algo más de la personalidad espiritual y humana de nuestra amada Madre M.<sup>a</sup> Isabel. Esperamos no haber dado, en esta tercera edición de su biografía, una idea trunca de su figura. Hemos reducido al mínimo los numerosos testimonios que tenemos, con tal que reflejen una suficiente realidad. Madre M.<sup>a</sup> Isabel del Amor Misericordioso no es sólo nuestra, ya pertenece a todos los que la aman.

Ella nos sigue amando a todos, es “nuestra intercesora” ante el poder y la misericordia de Dios.

Siempre desbordándose en amor a los demás, y olvidándose de sí, el último día que hablaba, todavía nos hizo la encomienda de lo que se había de comunicar, de parte suya a cada uno de los médicos que la habían tratado, a los analistas D. José Pomares y D.<sup>a</sup> Antonia Miralles, y a su farmacéutica Lda. D.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> José Colechá Latorre. Y que, en el Cielo, intercedería por todos.

Ciertamente, nuestra Madre M.<sup>a</sup> Isabel del Amor Misericordioso dejó a su paso el “perfume de Cristo y de su Evangelio” vivido en la simplicidad ordinaria de cada día, desde su soledad y silencio; con todo su ser ofrendado por la Iglesia y el mundo, por el testimonio del AMOR.

Reiteramos a todos nuestra invitación a que la invoquen por intercesora ante el Señor; no los dejará defraudados, porque:

“OS SIGO AMANDO”

# Índice

Presentación .....	5
Pórtico .....	6
<b>I. Infancia y juventud</b>	
Nace una vida en el gozo de la luz: M. <sup>a</sup> Isabel .....	8
¡Húngaros a la vista! .....	11
¡Ya no me gusta el cielo! .....	12
Una promesa cumplida .....	14
¡Enhorabuena, Jesús! .....	16
Radicalidad totalizante .....	17
Influyeron en mi alma... ..	19
<b>II. En el designio de Dios</b>	
La deseada libertad del Carmelo .....	22
Comienza el éxodo .....	24
De vuelta al arca santa .....	28
Descalzas junto al mar .....	30
Un gran corazón de madre .....	32
Espera en despojo y abandono .....	35
La clave exacta de lo que ansía .....	36
El Monasterio del Espíritu Santo: una casita de Nazaret .	38
Esto es de Dios .....	44
Orito: tierra de María y forja de santos .....	48
El hombre de la casa .....	52

### III. Esplendor de una vida

Un calorcito para la Iglesia .....	58
Colgada de las manos de Dios .....	62
Su Obispo, "Jesús vivo" .....	64
Hoy como entonces ¡Enhorabuena, Jesús! .....	65
En el lecho de la cruz .....	68
"Tan entero como al principio" .....	72
En oración continua .....	74
Su amor, los sacerdotes .....	77
Alma de su alma .....	78
Filigrana de caridad .....	79
Las niñas de sus ojos .....	82
Su pobreza nos enriquece .....	84
No soy la que pensáis .....	86
Huellas de su propia vivencia .....	87
"Obedezcamos, y ya está" .....	88
Siempre con una sonrisa .....	90
Ya viene el alba, ya viene el DÍA .....	91
"Prolongar la vida de la MADRE! .....	92
"Os sigo amando" .....	93
Dolor de muerte, amor de vida .....	94
Y ahora, ¿qué? .....	99
Hontanar de luz .....	100
Magnificat .....	101
"Vivo en el Señor, que me quiso para sí" .....	105
Sus devociones .....	107
Nuestra intercesora .....	108